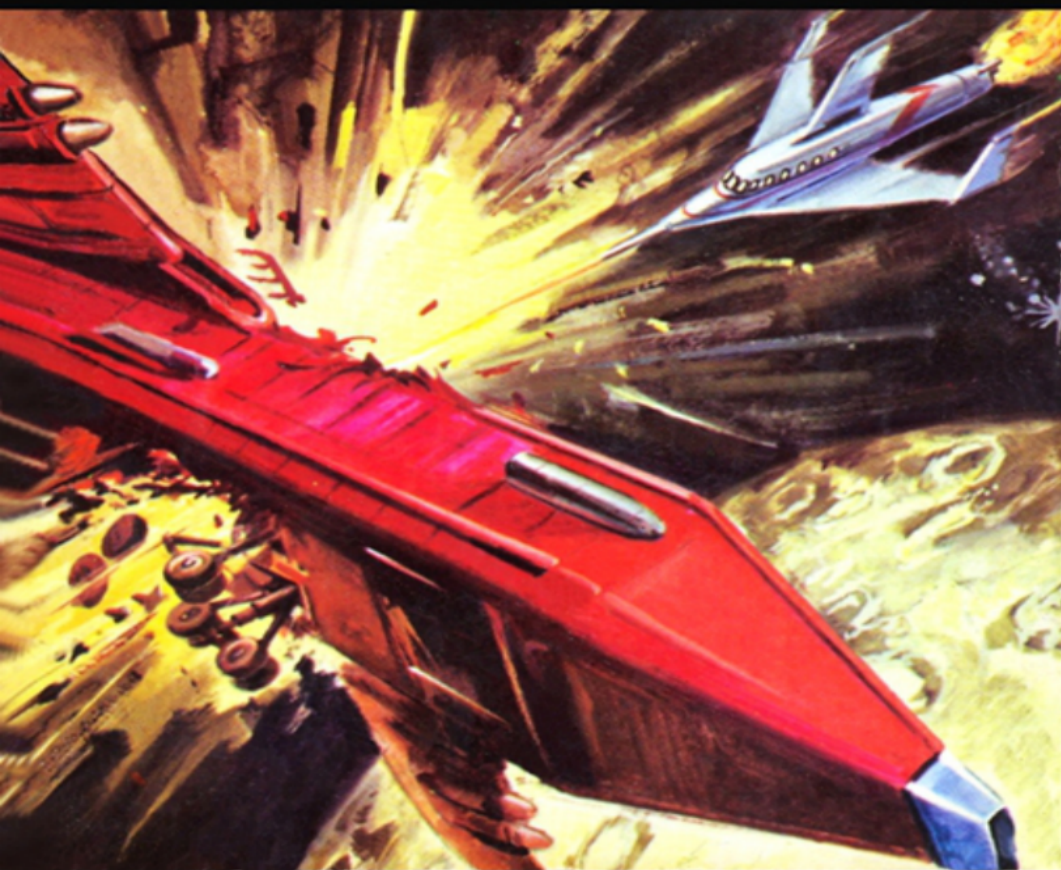


BOLSILIBROS
BRUGUERA
**CIENCIA
FICCION**
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

VINIERON DEL UNIVERSO

burton hare

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS
BRUGUERA
**CIENCIA
FICCION**
SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

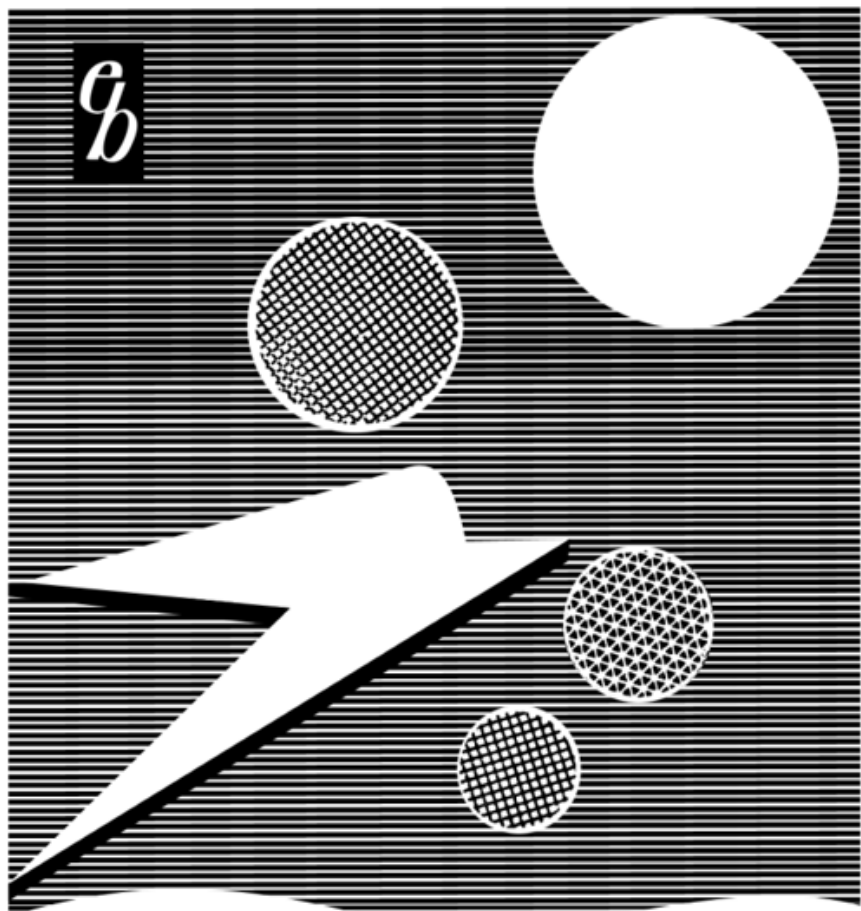
VINIERON DEL UNIVERSO

burton hare

CIENCIA FICCION



eb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — Los seres pensantes - *Marcas Sidereo*
2. — Mi tumba está vacía - *Curtis Garland.*
3. — Un hombre y su robot - *Clark Currados.*

1. — Hombres de goma - *Adam Surray.*
2. — Proscritos de la galaxia - *Clark Carrados*

BURTON HARE

**VINIERON
DEL**

UNIVERSO

Colección

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.
° 214**

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES —
CARACAS — MEXICO**

ISBN 84 02-02525-0

Depósito legal: B. 31.139 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: setiembre, 1974

© **Burton Hare - 1974**

texto

© **Miguel García - 1974**

cubierta

Concedidos derechos
exclusivos a favor de
EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Todos los personajes
y entidades privadas
que aparecen en
esta novela, así
como las situaciones
de la misma, son
fruto
exclusivamente de
la imaginación del
autor, por lo que
cualquier semejanza
con personajes,
entidades o hechos
pasados o actuales,
será simple
coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

El enorme camión de treinta toneladas zumbaba como un gato satisfecho al remontar la cuesta. Agarrado al volante, Wilcox sacudió la cabeza como si quisiera ahuyentar la somnolencia que le invadía.

Ante él, los faros barrían las tinieblas de una noche negra como la tinta. Eran demasiadas horas al volante, monologó para sí mismo. Claro que conducir esos modernos mastodontes no era lo mismo que hacerlo con los viejos camiones de los años setenta. Su padre le contaba muchas historias de cuando él se lanzaba a la carretera en su juventud, con camiones pesados, de cambio manual y tan antojadizos como una mujerzuela caprichosa, capaces de dejarle a uno varado sin más en el lugar menos apropiado.

Ahora era distinto. No tenía uno que preocuparse por los cambios de marchas, ni por la presión de los frenos eléctricos ni neumáticos.

Prácticamente, el camión lo hacía todo por sí mismo, y jamás le dejaba empantanado a uno. Sin embargo, llegaba a cansar igualmente la monotonía, las interminables horas oyendo el suave zumbido del poderoso motor, sabiendo que, a espaldas de uno, treinta toneladas volaban materialmente sobre el cemento o el asfalto, a una velocidad que hacía unos pocos años sólo alcanzaban los autos deportivos. La cuesta terminó. Al otro lado, como un pozo de sombras, Johnny Wilcox sabía que se extendía una ancha carretera recta que atravesaba el valle en suave declive.

A lo lejos distinguió un vivo resplandor. Lanzó unos destellos,

con los poderosos faros, para advertir al imprudente, pero el resplandor lejano no se amortiguó. Sólo pareció cambiar de color, tornándose azulado y resplandeciente. Johnny soltó una maldición. Luego, de repente, el motor pareció toser, hizo unos ruidos extraños, como un jadeo agónico, y se paró.

Las treinta toneladas se balancearon amenazadoramente.

Desconcertado, Wilcox apretó con suavidad los frenos, sin quitar la marcha. El camión se deslizó velozmente por la pendiente, luego perdió velocidad y él intentó pararlo mediante los potentes frenos. Casi lo consiguió, pero no podía detenerlo en seco a menos de correr el riesgo de echarse encima todo el peso de la carga, de manera que el gigantesco vehículo siguió adelante, aunque muy despacio. Le dejó deslizarse casi una milla, luchando con los frenos, perplejo ante el fallo, el primero que sufría en todos los años que llevaba como conductor de los camiones de las grandes rutas. Al fin, frenó por completo. Hubo un chirrido y el camión acabó parándose a un lado de la carretera.

Ahora estaba mucho más cerca de aquel vivísimo resplandor, y ya tranquilizado por la suerte del camión y de la carga, Johnny Wilcox decidió ocuparse de aquel extraño fenómeno.

Era realmente un fenómeno, porque ahora podía darse cuenta de que la luz flotaba a unos veinte metros del suelo, enorme, quieta, con aquella tonalidad azulada que tanto le había asombrado, de lejos. De cerca, le asustó. Encendió sus propios faros. Los cuatro haces de brillante luz barrieron la carretera y se fundieron con el resplandor. Y de pronto, los faros del camión se apagaron. Fue una oscuridad súbita, que pareció abrir un pozo de negrura entre Wilcox y el resplandor.

Cada vez más perplejo, Johnny saltó de la cabina, y caminó por la cuneta, acercándose al fenómeno.

Inesperadamente, le envolvió una oleada de calor. Fue como el azote de un horno. Instantáneamente, todo su cuerpo se cubrió de sudor.

Se detuvo. El resplandor se amortiguó en parte, y sólo entonces pudo distinguir la oscura masa que encerraba. Se le antojó un gigantesco disco, de casi doscientos metros de diámetro, suspendido en el espacio y sostenido sólo por aquella luz que ahora ya no era cegadora, sino sólo como un mortecino resplandor, que iba extinguiéndose poco a poco.

Había leído infinidad de historias sobre los misteriosos OVNIS, o UFOS, vulgarmente conocidos como *Platillos Volantes*. Como la mayoría de las gentes, lo había tomado a broma, quizá porque hasta ese momento jamás había visto ninguno. Y ahí estaba.

Wilcox se estremeció, y empezó a retroceder cautelosamente, sin perder de vista la nave, o lo que fuera aquello.

Al fin, el resplandor quedó casi extinguido por completo, quedando sólo una leve fosforescencia sobre la masa oscura del objeto.

El calor pareció aumentar a su alrededor, y repentinamente, como si le hubiese apresado una enorme garra, notó cómo era atraído hacia aquella cosa amenazadora. Semejaba una fuerza colosal que le empujara más y más hacia adelante, absorbiéndole...

Aterrorizado, se debatió con todas sus energías. Logró dar la vuelta y echó a correr, pero cada paso le costaba un esfuerzo terrible porque parecía arrastrar tras él toda la carga de su propio camión. Enloquecido de pánico, braceó con enorme desespero, intentando escapar de aquella atracción que amenazaba absorberlo... Luego, tan súbitamente como había aparecido, la fuerza que le atraía cedió, y Johnny se encontró dando tumbos bajo su propio impulso.

Levantándose, echó a correr, y ahora lo hizo como un gamo.

Volvió una vez la cabeza y distinguió un círculo luminoso en el costado de la nave. Del círculo pareció prolongarse un rayo de luz, que flotó suavemente hasta la carretera, y de súbito, al final del rayo estaba una figura alta, delgada y con una asombrosa cualidad casi transparente.

Wilcox sintió que le castañeteaban los dientes, y redobló su carrera, sin volver más la cabeza. No se detuvo hasta haber remontado la colina, y allí se dejó caer sobre la hierba, exhausto, jadeando, temblando como un condenado. Durante unos instantes fue incapaz de proseguir su carrera. Luego, recobrado el resuello, se levantó y continuó huyendo hacia el pequeño poblado que había pasado con el camión unas millas antes.

Nunca supo cómo llegó. Sólo recobró la conciencia de sus actos al verse en una acera, casi arrastrándose por ella porque las fuerzas le habían abandonado y sintiendo en todo el cuerpo el estremecimiento del sudor que le pegaba las ropas a la piel.

Vio unas ventanas iluminadas, y luego un globo azul sobre una puerta. Se apoyó en esa puerta, sin fuerzas siquiera para llamar. Después, cuando pudo hacerlo, la puerta se abrió y un hombre joven apareció en el umbral.

Johnny Wilcox le miró un instante, sus piernas se aflojaron, y si aquel hombre no le hubiera sostenido, habría dado de narices contra el suelo. Estupefacto, el hombre alto le sostuvo en volandas, entrándole en la oficina.

—¿Qué diablos le ocurre, amigo? —barbotó—. Soy el comisario Minnelli. ¿Está usted enfermo?

Johnny jadeaba como un fuelle asmático.

—No... no...

—Bueno, tranquilícese.

Se encontró sentado en una butaca, y levantó la mirada. Sus ojos desorbitados parecían a punto de saltarle de las órbitas.

El comisario empezó a preocuparse seriamente. Se le ocurrió que estaba habiéndoselas con un demente, y la cosa no le gustó poco ni mucho.

—Bueno, dígame, ¿qué le sucede? —insistió.

—En la carretera...

—¿Un accidente, es eso lo que ha pasado?

El sacudió la cabeza con desesperación.

—¡Una nave... inmensa...!

Minnelli ya no tuvo dudas.

—¿Una nave en la carretera? —exclamó, estupefacto—. Oiga, muchacho. ¿Qué ha bebido usted esta noche?

—Nada... no comprende usted... Era una nave espacial o algo así. Quiso atraerme... y...

El comisario fue a sentarse al otro lado de su mesa de trabajo.

—Ya veo —gruñó—. Ha visto usted una nave espacial.

—Cierto... así es... Era enorme... y un tipo ha descendido de ella por un rayo de luz...

—No me diga...

—Usted no me cree —exclamó, de pronto.

—De momento, me limito a escucharle. Continúe.

—No sé... todo está confuso en mi mente. Primero, el camión se detuvo...

—¿Conducía usted un camión?

—¡Sí, sí! Y el motor se paró, y luego los faros se apagaron solos. Y allí estaba, ¿comprende? Un gigantesco *Platillo Volante* o como le llamen a eso.

—¿Y qué hizo usted?

—Primero quise acercarme a su resplandor. Luego, me envolvió una oleada de calor, como si de repente hubiesen abierto la boca de un horno...

—¿Y...?

—Una fuerza terrible comenzó a tirar de mí hacia el objeto suspendido en el aire. Era una fuerza aterradora. Intenté huir... corrí... Volví la cabeza y entonces fue cuando un rayo de luz llevó a un hombre de la nave al suelo.

—De modo que un rayo de luz... Oiga, amigo, ¿me toma por idiota?

—Usted no quiere creerme...

—Por supuesto que no. Hace demasiados años que oigo contar infinidad de historias de este tipo. *Platillos Volantes*, fenómenos extraterrestres, seres fantásticos...

Pero nunca vi ninguno ni sé de nadie que tenga una maldita prueba de lo que se cuenta. ¿Y pretende que le crea?

Wilcox sacudió la cabeza y se cubrió la cara con las manos un instante. Su voz era ronca cuando gruñó:

—Acompáñeme adonde dejé el camión, comisario... Tal vez esa

cosa aún esté allí...

—Muy bien, ¿por qué no? Después de todo, estoy desvelado esta noche.

Johnny se levantó como impulsado por un resorte.

—Se lo demostraré... —masculló.

Salieron. El coche de baja carrocería del comisario estaba en la calle. Minnelli condujo hacia la carretera, y allí aceleró. Con un rugido de su poderoso motor, el coche se lanzó rumbo a la colina. En escasos minutos, llegaron a la pendiente. Desde la cuesta vieron los faros encendidos del camión, barriendo las sombras de la carretera. La carretera estaba desierta, a excepción del camión. El comisario rezongó:

—¿Dónde está ese monstruo de doscientos metros, amigo?

—Estaba gilí... suspendido en el aire...

Llegaron junto al camión, y el coche se detuvo.

—Intente ponerlo en marcha, ¿quiere? —gruñó el comisario.

Johnny se encaramó a la cabina. Apretó la puesta en marcha, y el motor zumbó a la primera.

—¿Qué le parece, compañero? Yo diría que sufrió usted una pesadilla.

—Los faros se apagaron sin que yo tocara nada... y el motor se paró igualmente. No pude volver a ponerlo en marcha...

—Bueno, baje de ahí.

Saltó al suelo, y los dos hombres se encaminaron hacia el lugar donde Wilcox estaba seguro de que la nave había permanecido suspendida.

—Ahí estaba —dijo, de pronto.

El comisario encendió una potente linterna eléctrica. La luz barrió las sombras, sin descubrir nada desusado.

Después, cuando Minnelli paseó la luz por el suelo, ambos se quedaron unos instantes en suspenso. El asfalto estaba arrugado, como

si hubiera burbujeado bajo un enorme calor, solidificándose después y quedando terriblemente ondulado a ambos lados de la carretera, la hierba aparecía reseca. Ambos hombres estuvieron un buen rato silenciosos, sobrecogidos por aquel fenómeno. El comisario rezongó:

—No se mueva de aquí. .

El se dirigió al borde de aquella porción de pradera quemada, y comenzó a caminar, siguiendo la huella agostada.

Cuando se reunió con Johnny estaba pálido,

—Tiene un radio de unos doscientos metros —masculó, estremeciéndose—. No lo entiendo...

—¡Se lo dije, comisario! —exclamó Wilcox.

—Sí... usted lo dijo. Fíjese en el asfalto... es como si hubiera hervido bajo un tremendo calor...

—¿Me cree ahora?

—¿Importa eso? Habrá que informar a alguien sobre ese fenómeno, pero que me ahorquen si sé a quién. De momento, hablaré con la jefatura de Habside. Que ellos decidan. Cierre usted el camión, y regrese conmigo.

Así fue como Johnny Wilcox perdió, la noche. Aunque se consoló al pensar que tal como se habían presentado los acontecimientos, bien pudo haber perdido algo mucho más valioso... El pellejo, por ejemplo.

CAPÍTULO II

Enfrascado en su trabajo, el doctor Sidney Bannister oyó la breve llamada a la puerta, y refunfuñó:

—¡Entre!

El taconeo grácil de la mujer le obligó a levantar la mirada.

—¿Qué tal, linda? —murmuró, levantándose.

La muchacha le estrechó la mano. Era casi tan alta como él, con un cuerpo sinuoso de senos breves y juveniles, caderas firmes y movimientos felinos, que hacían pensar en la gracia de una pantera joven.

Su rostro era de una belleza profunda y serena, con ojos que infundían calor, y labios que eran capaces de alterar el pulso a cualquiera.

A Bannister venia alterándole algo más que el pulso, hacía mucho tiempo, a pesar de saber que ella estaba fuera de su alcance.

—¿Estás muy ocupado ahora, Sid? —runroneó la muchacha.

—No tanto que no pueda atenderte. Pareces preocupada, y eso no está bien en una mujer tan hermosa. Ven, siéntate ahí...

Se alegró de poder librar su atención de los complicados cálculos que estaba realizando, cuando ella le interrumpió.

Encendieron sendos cigarrillos, y al fin, ella dijo:

—Acertaste, Sid. Estoy muy preocupada.

—¿Por qué?

—Larry.

—No lo comprendo. ¿Qué pasa con él?

—Eso quisiera saber, de veras. Estoy desconcertada, Sidney. No puedo comprender lo que está sucediendo entre nosotros.

—No puede ser nada grave, muchacha. Larry es una excelente

persona. Tú y yo le conocemos desde hace muchos años. Y tú vas a casarte con él, de modo que debes saberlo mejor que yo.

—Ojalá fuera así de fácil. Una cree conocer a un hombre y, de pronto, se da cuenta de que ese hombre sigue siendo un misterio. No creo que nunca pueda conocerse a un ser humano. Por lo menos, conocerlo tanto como para no tener después un desengaño... o sobresaltos.

—Concretamente, ¿qué es lo que ocurre?

Ella esbozó un ligero encogimiento de hombros.

—No puedo decírtelo, Sidney. Sé que pasa algo entre Larry y yo, pero concretamente no sé qué es.

—Mira, Samantha, Larry siempre fue un carácter débil y voluble, pero es inteligente y leal. En realidad, es uno de los mejores cerebros.

—Yo no me enamoré de su cerebro, Sid.

—Bueno, veamos... ¿Hay otra mujer acaso?

—Tal vez...

El suspiró. Con una sonrisa, dijo:

—Es curioso... Exploramos mundos remotos, obtenemos triunfos asombrosos en nuevas ramas de la ciencia, y sin embargo, seguimos siendo unos animales puramente emocionales, lo mismo que nuestros antepasados. Estamos a punto de iniciar la más increíble aventura espacial, y dos de los más brillantes científicos del proyecto desperdician su tiempo y sus energías con preocupaciones puramente sentimentales. A veces, pienso que hemos conquistado el espacio, pero no hemos conseguido aún penetrar en el cosmos de nuestros sentimientos...

—No te burles, Sid...

—Pero bueno, ¿quieres decirme, de una vez, qué ha sucedido?

—Larry ha cambiado, de un tiempo a esta parte. Siempre fue de carácter más bien débil, pero era alegre y apasionado. Ahora, sé que le cuesta un esfuerzo fingir que sigue siendo el mismo cuando está a mi lado. Sé que mientras me habla está pensando en otra cosa, que le importa mucho más que yo... Quizá otra mujer. No puedo soportarlo,

Sidney.

—Estás convirtiendo un grano de arena en una montaña, a mi modo de ver. Larry, forzosamente, debe estar absorbido por su trabajo... Tiene una tarea ingente entre manos.

—No es nada relacionado con su trabajo, lo sé. Me gustaría saber explicártelo... Verás, cuando está conmigo, no importa lo que estemos haciendo o hablando, da la impresión de que se mantiene en guardia, a la expectativa, como si temiera cometer un error fatal o algo así. Dedicar más energías a esa actitud que a amarme.

—De todos modos, no veo qué puedo hacer yo, linda.

—Yo tampoco. Pero necesitaba decírselo a alguien... y no conozco a nadie tan paciente conmigo como tú. Además, eres el mejor amigo de Larry... Quizá si trataras de hablarle, de averiguar qué es lo que le atormenta, qué le impulsa a esa actitud precavida, casi temerosa...

—Pides algo que está fuera de mis atribuciones. No tengo ningún derecho a bucear en los sentimientos de Larry. De todos modos, cuando le vea, trataré de comprender algo de lo que le esté sucediendo, suponiendo que Ligo le suceda realmente.

Antes de que ella pudiera replicar, un intercomunicador zumbó, y el científico pulsó un botón y gruñó:

—¿Qué ocurre?

—Está aquí ese hombre, doctor. El que usted mandó llamar.

—¿De quién se trata?

—El camionero que. vio el OVNI. Usted leyó el informe, y dijo que quería interrogarle personalmente.

—Es cierto. Que pase.

Samantha murmuró:

—No quiero robarte más tiempo, Sid...

—Quédate. ¿Leíste el informe de la última aparición?

—Sí.

—El hombre que lo vió está aquí.

Unos golpes en la puerta anunciaron la presencia de Johnny Wilcox, que entró, un tanto cohibido. Iba de sorpresa en sorpresa, desde que llegara a la inmensa base espacial, aquel increíble mundo del que hasta entonces sólo había leído en los periódicos.

—¿Usted es Johnny Wilcox? —sonrió el doctor Bannister, estrechándole la mano—. Siéntese, por favor. Esta es la doctora Hegan...

La mirada del camionero se perdió por las sinuosas curvas de la mujer. Sonrió, apurado, y murmuró:

—Disculpe mi actitud... no acostumbro a ser tan torpe, pero aún estoy asombrado. Primero se rieron de mí en todas partes, cuando conté lo que me había sucedido. Después, me cazaron, me metieron en un avión y, después de atravesar todo el país, me soltaron en este manicomio...

—Tómelo con calma. Aquí nadie va a reírse de usted.

—Pero, ¿es tan importante lo que yo vi?

—Puede serlo. Desde hace muchísimos años, se han visto fenómenos extraños en el espacio. La mayoría, fruto de la imaginación de quienes aseguraban haberlos visto. Pero algunos de esos fenómenos nos consta que fueron reales. Ya en los años cincuenta, hubo indudables apariciones de OVNIS, y después se han sucedido durante décadas. Desde hace mucho tiempo, nadie los había visto con tanta claridad como usted, así que ésa es la razón de que le hayan traído aquí.

—¿Y qué esperan de mí?

—Sólo cuéntenos exactamente qué le sucedió. Después habrá de responder a algunas preguntas. Cuando terminemos, el mismo avión que le trajo le devolverá a su domicilio.

—A cuatro mil kilómetros de distancia... como quien dice en la esquina, ¿eh? Doctor, ustedes hacen las cosas a lo grande...

Samantha sonrió, recostándose en su confortable butaca. El breve vestido de un color plateado que llevaba pareció encogerse, mostrando una completa panorámica de sus muslos, lo cual no contribuyó a tranquilizar al estupefacto camionero.

—Cuenta su historia con detalle, desde que vio la luz hasta que volvió después al lugar de los hechos, en compañía del comisario...

—A juzgar por lo que dice, ya conoce usted lo que pasó...

—Quiero oírsele a usted en persona, pero desde luego, lémos los informes antes de llamarle.

Wilcox empezó a hablar. Había repetido ya su historia infinidad de veces, de modo que el relato tuvo cierto aire de monotonía. Sólo que hasta entonces, cuando contaba su terrible experiencia, la gente se burlaba de él o se molestaba creyendo que les tomaba el pelo. En esta ocasión, la cosa era muy distinta.

Cuando calló, el doctor Bannister permaneció unos instantes en silencio y luego dijo:

—Muy interesante. Sospecho que pasó usted unos minutos infernales.

—No lo sabe usted bien, doctor.

—Su descripción del aparato se ajusta a muchas otras de que disponemos, de modo que no insistiré sobre este particular. Concentrémonos en el hombre, ¿le parece?

—Ni siquiera estoy seguro de que fuera un hombre... lo vi sólo un par de segundos, mientras corría, de modo que no puedo precisar nada.

—Usted asegura que primero surgió un rayo de luz de una escotilla redonda...

—Cierto. Y fue una luz muy rara, usted sabe... Se extendió, para decirlo de alguna manera, desde la nave al suelo. Lo hizo lentamente, ¿comprende? Igual que si fuera una pasarela automática...

—Ajá. Y cuando tocó el suelo...

—Cuando tocó el suelo, allí estaba aquel hombre, o lo que fuera. Era alto, delgado, y desde luego, tenía brazos y piernas.

Bannister escuchaba con una amable expresión en su rostro. Sonrió y dijo:

—Usted no le vio descender por la «pasarela» de luz. ¿No es eso?

Exacto. No descendió por ella. Yo estaba viendo aquel rayo blanco desplegarse hasta tocar el suelo, y hubiera visto al tipo, si éste hubiese descendido por su pie. No, señor. Cuando la luz tocó el suelo, la figura alta estaba plantada allí como si hubiera brotado de la tierra.

—Comprendo que la gente sin preparación se riera de usted, al contarles su experiencia. Describa a esa figura, si puede, Wilcox.

—Ya le dije que apenas si la vi un par de segundos. Pero me pareció como si fuera transparente o algo así...

Los ojos del doctor Bannister chispearon, súbitamente alerta.

—¿Transparente, dice usted? —murmuró.

—Es la única manera de decirlo... no parecía sólida, material, si entiende lo que quiero decir. Daba la impresión de que, a través de él, uno podía seguir viendo lo que había al otro lado. Y lo que había al otro lado era el rayo de luz, y yo pude verlo a través del cuerpo.

—¿Ha oído hablar alguna vez de la señora Smiddy, Wilcox? La señora Smiddy vive en Fort Lauderdale. ¿La conoce usted?

Johnny arrugó el ceño, tratando de bucear en sus recuerdos.

—No —dijo, al fin—. Jamás había oído ese nombre. ¿Quién es esa mujer, doctor?

—Si no la conoce, importa poco quien sea. Pero le agradeceré que fuerce su memoria, por si hubiera oído el nombre alguna vez.

—Estoy seguro de que nunca lo oí.

—Muy bien. Creo que eso es todo, amigo mío. No le entretendremos más.

Wilcox le contempló, estupefacto.

—¿Y sólo por esas pocas preguntas me trajeron desde cuatro mil kilómetros de distancia?

—Como usted dijo al principio, aquí hacemos las cosas a lo grande.

Bannister estrechó la mano del estupefacto camionero, y éste abandonó la oficina como si andará en sueños.

Samantha Hegan murmuró:

—Comprendo que ese hombre crea estar soñando. A mí también me sorprende que le hayas hecho venir desde tan lejos, sólo para preguntarle algo que constaba en el informe de que disponemos.

—Quería conocerle... y asegurarme de que no conocía a la señora Smiddy.

—Bien, ¿y quién es esa dama, Sid?

—Esa mujer, hace casi un año, vio también uno de esos aparatos... y un hombre alto, delgado y transparente. ¿Te das cuenta? Uno de ellos podía mentir, o estar alucinado, cuando creyó ver a un ser de esas características. Pero los dos, desde luego que no. Ambos viven separados por cuatro mil kilómetros de distancia, y no se conocen. Y el testimonio de la señora Smiddy fue mantenido en secreto, así que ese Wilcox no puede haberse inspirado en ella para describir lo que vio.

—Un ser transparente... ¿qué te sugiere exactamente, Sid?

—De momento, sólo que esos seres existen, y están rondando nuestro planeta por alguna razón concreta. Y puede que alguien más los haya visto, pero sin atreverse a revelarlo, por temor a las burlas.

—Pero, científicamente, debes tener alguna hipótesis.

—En efecto, pero tan vaga que ni siquiera llega a hipótesis. Debemos esperar y profundizar un poco más en este endiablado asunto. Lo malo de estas apariciones es que las personas implicadas se asustan y echan a correr, de modo que sólo conservan una imagen vaga de lo que han visto. Si yo pudiera ser testigo de un fenómeno de este tipo... podría entrar en contacto con esos seres y...

—Quizá ellos estén deseando también entrar en contacto con alguien de nuestro mundo... Bueno, Sid, creo que ya te robé demasiado tiempo por hoy.

—Me encanta que estés aquí. Me proporcionas una buena excusa para desentenderme de este lío en el que ando metido. ¿Qué te parecería comer conmigo?

—Me encantaría, pero aún he de asistir a una reunión.

—Lo siento, entonces. Tal vez podamos estar juntos mañana.

—¿Te ocuparás de Larry, Sid?

—Lo intentaré, aunque no esperes demasiado de mis dotes de fisgón. Incluso es posible que Larry me mande al infierno.

—El nunca haría eso contigo. Sé cuánto te aprecia y respeta.

La muchacha se fue, y su imagen adorable quedó impresa por mucho tiempo en las retinas del doctor, al que le costó un enorme esfuerzo volver a concentrarse en su trabajo. Al fin, con un gesto de disgusto, se apartó de la mesa y, encendiendo un cigarrillo, se acercó a la ventana.

Desde ese observatorio, gozaba de una asombrosa visión del complejo de impresionantes edificios de la base. Al fondo, sobre la bruma del mar, destacaba la estructura colosal de la torre de lanzamiento, donde estaba siendo montada la base del más poderoso cohete impulsor creado por el hombre. Era el primer paso del gran proyecto... el primer paso para escapar del fin inevitable que empezaba a gravitar sobre la raza humana. Al fin arrojó el cigarrillo y abandonó el despacho.

Afuera, bajo un sol radiante, las palmeras se mecían perezosamente. El aire del mar era cálido y salobre, y en el rumor de colmena de la inmensa base espacial su soplo era una corriente vivificadora.

El doctor Bannister se acomodó en su coche y condujo a prudente velocidad hasta la salida controlada. Después, al llegar a la autopista, hundió el acelerador, colocó el mando automático y se relajó. Durante todo el viaje estuvo ensimismado en sus pensamientos. La presencia de los extraños seres que parecían tripular las naves que aparecían de modo esporádico, resultaba inquietante sobremanera, en los momentos actuales. Tan inquietantes que, si realmente existían podrían llegar a convertirse en una amenaza para el más gigantesco y asombroso proyecto espacial de todos los tiempos...

No volvió a recuperar el control manual del vehículo hasta llegar a los suburbios de Fort Lauderdale. Entonces manejó con cuidado, por las atestadas calles, en busca del confortable domicilio de la señora que una vez viera el extraño fenómeno...

CAPÍTULO III

Fue una vecina quien le dio detalles de la catástrofe.

—Sucedio en cuestión de minutos, créame. La casa ardió como si hubiera estado construida de papel.

—¿Y la señora Smiddy? —preguntó Sidney.

—No estaba en casa, esa noche. En realidad, nadie ha vuelto a verla nunca más. Desapareció, sencillamente.

—¿No encontraron su cuerpo entre las brasas?

—Ni el menor rastro. No había nadie en la casa, aquella noche.

Bannister estaba desconcertado. Desde el jardín de esa vecina, podía ver el lugar donde se había alzado la casa de la señora Smiddy. Todo estaba calcinado, y las ruinas habían sido retiradas, de modo que sólo quedaban restos de algunas maderas carbonizadas y los renegridos cimientos.

—¿No sabría usted quién podría darme alguna pista de la señora Smiddy? Es muy importante que la encuentre.

La buena mujer se encogió de hombros.

—Incluso la policía estuvo intentando encontrarla también, pero

no tengo noticias de que tuvieran éxito... De todos modos, los últimos tiempos Angela se había vuelto muy rara, ¿sabe?

—Temo que no comprendo lo que quiere decir...

—No parecía la misma mujer amable que todos conocíamos. Se volvió arisca, retraída. Y algunas noches alojaba en su casa gentes misteriosas, ¿sabe usted? Y ella ya no tenía edad para andar con esos líos...

—¿Quiere decir que recibía a un amante?

Una mirada de malicia asomó a los ojos de la mujer.

—¿Qué otra cosa podía ser? Cerraba puertas y ventanas cuando no estaba sola. Aunque nunca pudimos ver a su visitante... o visitantes. Hay quien dice que tenía más de un... este... amiguito.

Sidney recordaba a Angela Smiddy como a una mujer menuda, dulce y pacífica, y no podía asociar esa imagen con la idea de una dama libertina en sus años otoñales.

Dio las gracias a su informante, y se alejó. Tampoco la policía pudo aclararle absolutamente nada respecto al paradero de la desaparecida. Al parecer, había huido con el misterioso amante de que hablaba el vecindario.

Cabizbajo, el doctor Bannister regresó a su coche, extrañamente inquieto, preso en extraños presentimientos.

* * *

Estaban todos reunidos cuando Sidney llegó en plena noche.

La pequeña sala acolchada mantenía una temperatura suave, y el humo de los cigarrillos se desvanecía en el aire constantemente renovado.

Vio a Samantha, y fue a sentarse a su lado.

—¿No ha venido Larry? —musitó.

Ella sacudió la cabeza, y le miró con la inquietud reflejada en

sus pupilas. En la mesa de la presidencia, un hombre se levantó. Tenía el rostro sombrío y dijo:

—Le hemos esperado, impacientes, doctor Bannister... Ahora que está usted aquí, creo que debemos empezar, sin más demoras.

—Lamento mi retraso, señor.

—Claro, claro... Bien, entrando en materia, el profesor Griffin desea exponer el problema principal con el que tropezamos actualmente.

Griffin era un hombrecillo delgado, sostenido por un manojito de nervios siempre a flor de piel. Su gran cabeza solía oscilar sobre el cuello enclenque, dando la sensación de que podía desprenderse de él en cualquier momento. En contraste, su voz era poderosa y seca.

—Como todos ustedes saben —empezó—, estamos embarcados en la mayor aventura que haya soñado jamás el género humano. Si logramos vencer los obstáculos que van saliéndonos al paso, pondremos en el espacio una nave, capaz de transportar doscientos seres humanos, amén de un ingente equipo... Pero también saben ustedes que ese proyecto no se está preparando únicamente como un avance científico. ¿Estamos de acuerdo?

Hubo un breve murmullo de asentimiento. La gran cabeza osciló, asintiendo, y la voz rotunda del profesor prosiguió:

—Muy bien. La idea es, sencillamente, enviar tantas naves como sea posible, fuera de nuestro sistema solar, a ese mundo que nuestros satélites nos están describiendo a cada minuto... Un mundo de parecidas características a este viejo planeta en que nos movemos, y que hemos dado en llamar *Tierra 2*...

Hizo una breve pausa. Cuando habló de nuevo su voz reflejaba casi un sentimiento de cólera:

—Era conocido por todos, y desde los tiempos de Weizsecker, que nuestro mundo camina ineludiblemente hacia su muerte térmica. Es un hecho demostrado, de modo que no insistiré sobre el mismo, excepto para puntualizar que, según los últimos cálculos, ese hecho funesto no es fácil que se produzca antes de dos mil años... Un plazo muy largo, pero que el ser humano se ha empeñado en reducir hasta extremos suicidas.

Bannister encendió un cigarrillo. Escuchaba sólo con parte de su

atención, entre otras razones porque conocía perfectamente lo que el profesor exponía. Pero también porque estaba preocupado por el problema con el que se había enfrentado esa tarde: La desaparición de la señora Smiddy...

—Todos ustedes saben, que el principal problema del género humano es la acelerada erosión de nuestro planeta, la paulatina destrucción de las más elementales normas por las que se rige la naturaleza, y todo ello en aras de la voraz especulación, de una suicida carrera industrial y consumista, que no tiene en cuenta otros fines que el lucro más descarnado. Todo esto es conocido. Hemos contaminado los mares hasta el extremo de que la vida marina puede darse por extinguida. Han desaparecido selvas y bosques, con la lógica consecuencia de que en la actualidad tenemos sólo un diez por ciento de las lluvias necesarias para la vida en el planeta.

Calló bruscamente, como si la indignación cegara su garganta.

Nadie trató de intervenir. Sabían que el profesor estaba exponiendo hechos concretos, y tan destructivos como la fuerza nuclear.

Sidney miró de soslayo a su hermosa colega, y susurró:

—Quiero hablar contigo al salir de aquí, linda.

—Está bien, Sid.

La voz de Griffin retumbó de nuevo:

—Inmensas extensiones de tierra se han convertido en desolados desiertos. El aire será prácticamente irrespirable dentro de breve tiempo, y el oxígeno está agotándose. En estas condiciones, la muerte térmica de nuestro mundo está mucho más próxima, aunque provocada por causas que ni Weizsecker ni demás científicos del pasado pudieron imaginar. No será exactamente una muerte térmica, sino una agonía lenta, implacable, en la que la humanidad entera perecerá, junto con el medio ambiente que con tanta alegría y despreocupación ha destruido. Sólo sobrevivirán los centenares de hombres y mujeres que consigan evadirse de este mundo sentenciado, a bordo de nuestras naves. Ellos estarán en condiciones de reanudar el ciclo de la vida en esa nueva *Tierra 2*.

Bannister pensó que el ser humano nunca aprende... Había provocado la paulatina destrucción de su propio medio de vida, y excepto un reducido número de hombres y mujeres conscientes,

entregados en cuerpo y alma a la ciencia, no parecían tener conciencia del cataclismo que se les venía encima...

La voz del profesor Griffin le sacó de sus amargas meditaciones.

—Tal vez —dijo, y ahora su voz ya no era tonante ni iracunda—, sea necesario el exterminio lento de una raza de seres que, mientras destruían la naturaleza y sus fuentes de vida, mientras acumulaban riquezas sin fin, dejaban que dos terceras partes de la humanidad murieran de hambre... Pero eso son filosofías, y los científicos no podemos emplear nuestro tiempo en esta rama del saber humano. Estamos ante un problema... y es preciso resolverlo. ¿Terminó sus cálculos, doctor Bannister?

—Aún no, profesor. Necesito unas horas más.

—Bien. Ahora, escuche esto, y ustedes, presten atención... Teóricamente, la nave gigante es un hecho. Puede construirse y lanzarse al espacio con el noventa por ciento de probabilidades de que se hunda en el infinito, rumbo a ese nuevo mundo. Ahora bien, el problema está en la supervivencia de los viajeros... De todos los viajeros.

Bannister gruñó:

—Temo que no le comprendo, profesor. Los problemas técnicos de los viajeros fueron resueltos en un principio.

—Basándonos en los datos de las sucesivas tripulaciones que han tripulado hasta ahora las naves espaciales. ¿No es cierto, doctor?

—Así es.

—Entonces, no sirven. Las tripulaciones han sido entrenadas hasta la saciedad. Se les ha adiestrado y sometido sus cuerpos a toda la infinita gama de experiencias con que pueden tener que enfrentarse. Pero ese lento y costoso proceso no puede seguirse con centenares y centenares de hombres y mujeres que nunca han abandonado la atmósfera de la Tierra.

—Ya veo...

—La aceleración les hará sufrir una experiencia, de la que necesitarán muchísimo tiempo para reponerse... y no van a disponer de ese tiempo. En absoluto. Se encontrarán navegando en el vacío mucho antes de que hayan recobrado el conocimiento, y en unas

condiciones de ingravidad que es posible no puedan soportar. Señores, hay que entregarnos a ese problema día y noche... o fracasaremos. No nos queda mucho tiempo.

Esta última frase arrancó un murmullo de incredulidad.

—Poseo informes secretos, señores, que no dejan lugar a dudas. La vida se ha extinguido literalmente de extensas áreas de África y Asia. En Europa hay áreas que son abandonadas por sus moradores, y en grandes ciudades, tanto en Europa como en nuestro país, empiezan a sucederse las muertes inexplicables. Son los más débiles, los que tienen alguna ligera tara en los pulmones o el corazón. La avanzadilla, podríamos decir, del holocausto que se avecina.

Samantha susurró:

—Leí ese informe, Sid. Es verdaderamente aterrador...

El profesor Griffin plegó los documentos que tenía esparcidos por la mesa y añadió, dando por terminada su charla:

—Creo que debemos fijarnos un plazo para resolver ese problema, digamos... de una semana. Cualquier sugerencia será tomada en cuenta, partiendo de la base de que, a excepción de los científicos que sean elegidos, el resto que les seguirán serán únicamente seres humanos, cuyo único mérito será su perfecta constitución física y mental. ¿Les parece correcto el plazo de una semana?

No hubo objeción alguna, y los científicos comenzaron a desfilar.

Sid guió a la muchacha hacia su propio despacho, pero a mitad de camino dijo:

—Estaremos mejor en mi apartamento. Tengo hambre y sed. ¿Y tú?

—Quisiera beber algo.

Cuando abrió la puerta de su residencia, el teléfono estaba sonando.

CAPÍTULO IV

Bannister se acercó a la mesa, y conectó la pantalla del visor, pero ninguna imagen apareció en ella. Tomó el auricular y dijo:

—Habla Bannister...

—¡Sid!

La voz que surgió del aparato le hizo dar un respingo.

—¡Larry! —exclamó—. ¿Qué ocurre?

—¡Tienes que ayudarme, Sid, sólo tú... sólo tú puedes...!

—Cálmate. ¿Qué sucede, Larry? Escucha, conecta el audiovisor...

—No puedo... lo inutilizó... Tienes que venir, Sid. Armado. ¡Por Dios, no pierdas tiempo! Va a volver...

—¿Dónde estás?

—En mi casa, naturalmente. Pero si tardas...

La voz se extinguió. Samantha gritó, pegada al aparato:

—¡Larry, querido! Háblame, soy Samantha...

Ya no hubo respuesta alguna.

Bannister desconectó el aparato, y se volvió hacia la muchacha.

—Espérame aquí —dijo—. Iré a ver qué le ocurre.

—De ningún modo. Iré contigo.

—El dijo que fuera armado. Si realmente le amenaza algún peligro, tú sólo significarías un estorbo.

—Gracias por llamarme estorbo, pero voy contigo.

Sidney abrió un cajón, y extrajo una pistola electrónica. Introdujo un pesado cargador y, tras ajustarse el arma al cinto, se dirigió al exterior. Minutos después, volaban a bordo del bólido rojo. Remontaron las colinas, más allá de los límites de la base, y, lanzándose por el extenso valle, Bannister gruñó:

—Parecía histérico... ¡Maldita sea! Si se ha metido en un lío, precisamente ahora, le expulsarán del proyecto.

—Te dije que algo le ocurre, Sid, aunque es la primera vez que le oigo esa voz desesperada.

La casa de Larry Hobbins, estaba en una esquina de un barrio residencial, ocupado por brillantes ejecutivos de todas las ramas de la industria. Vieron luz en varias ventanas de la residencia. La muchacha no pudo evitar un escalofrío.

—¿Y si no está solo, Sid? —susurró.

—Debiste esperar en mi apartamento.

Acarició su mano, al detenerse ante la puerta. Luego llamó y de modo instintivo, comprobó que la pistola estuviera al alcance de la mano.

Larry Hobbins abrió, y les contempló con evidente sorpresa.

—¡Cuerno! ¿Qué pasa, Samantha? —exclamó.

Sidney le apartó, colándose al interior.

—¿Estás solo, Larry?

—Por supuesto.

Ella entró también, y al fin, Larry cerró la puerta, siguiéndoles con el ceño fruncido.

—No sabía que te dedicaras a pasear a mi novia de noche, Sid. ¿Qué es lo que pasa?

—¡Maldita sea! Tú debes saberlo, puesto que llamaste.

—¿Quién, yo? Tú estás chiflado, compañero.

—Hablaste conmigo. Samantha lo oyó también. Estabas en un apuro... Un apuro endiablado, a juzgar por tu voz histérica. Me pediste que viniera armado, y sin perder tiempo.

Les miró, estupefacto, mudo de estupor.

—Alguien te gastó una broma —gruñó, al fin—. ¿Por qué maldita razón había de llamarte?

—Eso quisiera saber yo. ¿Estás seguro de que no ocurre nada?

—En absoluto. Me disponía a acostarme cuando has llamado. ¿Y qué estupidez es ésta de que vinieras armado?

Sidney apartó la chaquetilla del costado, mostrando la poderosa pistola.

—Tú lo pediste por teléfono.

—Yo no hablé contigo, esta noche. Te repito que alguien ha querido burlarse de ti.

—Yo también escuché tu voz, Larry —dijo suavemente—. Eras tú... era tu voz, llena de angustia...

—¿Estabas con Sid?

—Sí.

—¿En su apartamento?

Bannister refunfuñó:

—Organiza una escena de celos, y te saltaré los dientes. ¡Condenación! Era tu voz la que habló por el audiovisor. A propósito, dijiste que estaba estropeado el tuyo. Vamos a verlo.

Se dirigió a la mesa donde estaba el aparato. Lo conectó y vio brillar la lucecilla verde que indicaba que el circuito estaba abierto para transmitir su imagen.

—De modo que estropeado... ¿Qué sarta de tonterías son éstas, Larry? Tu aparato funciona perfectamente.

—¡Claro que funciona! Nunca dije lo contrario —remachó.

Sidney cambió tina mirada con la muchacha.

—Larry... créeme; era tu voz, estoy segura.

—Alguien la imitó. Algún maldito bromista. ¡Maldita sea mi estampa! ¿Crees que no recordaría si hubiera hablado por teléfono?

—¿Qué te ocurre, querido?

Instintivamente, Samantha alargó la mano, posándola sobre la del joven físico. Este esbozó un gesto brusco, retirándose. La muchacha se estremeció violentamente.

Sidney gruñó:

—Dejemos eso. Tal vez haya sido un bromista... o alguien interesado en que yo abandonara mi apartamento esta noche. Voy a averiguarlo.

Volvió a conectar el audiovisor, y pulsó unos números. Al instante, la pequeña pantalla se iluminó. Una voz preguntó por el aparato:

—¿Quién llama, por favor?

—Soy Bannister, Red.

En la pantalla surgió una cara pecosa, que dijo:

—Le escucho, señor.

—Tengo la sospecha de que alguien intenta penetrar en mi apartamento. Avisa a los servicios de seguridad para que lo mantengan vigilado. ¿Entendido?

—De acuerdo, doctor.

—Asunto resuelto —gruñó Sidney, levantándose—. Ahora

veamos qué pasa contigo, Larry.

—No empieces otra vez —dijo el físico, desabridamente—. No me ocurre nada en absoluto. ¿Eres tú quien le ha metido esas ideas en la cabeza, Samantha?

Su voz se había vuelto seca, desagradable.

—Le dije que, de un tiempo a esta parte, me pareces otro hombre, Larry.

—¡Que tú le dijiste...! —se interrumpió, iracundo—. Me sorprende que le hayas elegido como confidente. ¿O habré de considerar que es un rival, en lo que a ti concierne?

—¡Larry!

Sidney apartó suavemente a la muchacha, y masculló:

—Maldito si necesitaba que ella me dijera nada. Con sólo verte es suficiente para darse uno cuenta de que algo te sucede. Además, has descuidado tu trabajo últimamente, precisamente cuando mayor esfuerzo se exige de todos nosotros. Ni siquiera te has dignado acudir a la reunión de esta noche... ¿O ni siquiera recordabas que estábamos citados?

—¡Condenación! ¿No puede uno tomarse un breve descanso, sin que todo el mundo alborote?

Bannister le sostuvo la mirada resueltamente. Sintió un extraño frío en todo el cuerpo, ante aquellos ojos relucientes de ira... y tan profundos como un abismo sin fondo.

—Larry...

—Será mejor interrumpir esta entrevista, antes de que alguien diga algo desagradable, Sid. Buenas noches.

—Espera un minuto. No puedes echamos de esta manera.

—¿Piensas impedírmelo?

Samantha exclamó:

—Estás convirtiendo esto en algo odioso, Larry!

—Acabas de hacer todo un descubrimiento.

Su voz había adquirido un tono metálico, amenazador. Sid titubeó. La muchacha sintió deseos de echarse a llorar.

Y Larry añadió:

—Estoy seguro que nuestro buen doctor sabrá consolarte, Samantha... así que no llores ahora.

Sidney dio un respingo. La joven dio media vuelta y se encaminó a la puerta precipitadamente.

Sidney siguió a la muchacha hasta el coche, donde ella se dejó caer sentada, haciendo esfuerzos para contenerse.

—¿De veras deseabas echarte a llorar?

—Lo deseaba... En el fondo de mi corazón.

—Pero no lo demostrabas con tu expresión.

—Pero estaba ansiando sollozar como una estúpida.

—Ese no es el problema, linda, sino el hecho de que él lo supiera.

—¿Qué?

—¿Cómo supo Larry que estabas a punto de romper en llanto?

—No sé..., debió pensarlo al verme...

—Yo estaba mirándote. No había en ti la menor señal de desconsuelo. En todo caso, parecías más bien furiosa.

—Temo que no alcanzo el significado de lo que tratas de decir.

—Sencillamente, él «supo» que ibas a llorar. Pero, ¿cómo lo supo, linda?

Ella guardó silencio, sobrecogida ahora por ese misterio.

—Además... —añadió Sid, hablando entre dientes—. ¿Quién me llamó por teléfono? Era la voz de Larry, estoy seguro. O una imitación tan buena, que resulta casi increíble...

De pronto, Samantha exclamó:

—¡Y su mano, Sid!

—Ahora soy yo quien navega sin rumbo. ¿De qué estás hablando?

—Intenté tomarle la mano... fue sólo un segundo porque él la apartó como si yo tuviera la peste. Bueno, su piel estaba helada... tan helada como... como...

—Acaba.

—Bueno, parecía un pedazo de hielo.

—No empezemos a ver fantasmas, linda.

—Te aseguro que no. ¡Sid, algo está sucediendo con él...!

—Ya le oíste. No nos necesita. Nos arrojó de su casa...

—Me gustaría que el doctor Gilray, nuestro siquiatra, pudiera examinarle, Sid. ¿No podrías arreglarlo?

—Lo dudo. Larry me mandaría al infierno. Y no puedo llevarle a rastras... a menos que regrese al trabajo.

—¿Qué quieres decir?

—Si vuelve... haré que le obliguen a someterse a un examen. Sería el único sistema de conseguirlo.

—Ojalá sea posible. Es horrible esta situación.

—Sigues queriéndole, a pesar de todo, ¿no es cierto?

—Creo que sí, aunque estoy sumida en un mar de dudas.

El condujo en silencio el resto del trayecto. Cuando dejó el coche, carraspeó.

—¿Te gustaría tomar el último trago conmigo?

—Iba a pedírtelo, Sid.

Subieron juntos. Había un guardián armado ante el apartamento del doctor Bannister, que dijo:

—¿Alguna novedad?

—Ninguna, doctor. Nadie ha pretendido entrar aquí.

—Gracias. Puede suspender la vigilancia.

Cerró la puerta, y preparó unas bebidas. Después, fue a sentarse al lado de la muchacha y dijo:

—A tu salud, querida.

—Por nosotros.

Bebieron casi todo el licor y, de repente, Sid murmuró:

—Hay otra faceta de este asunto, que no has considerado, Samantha... Todos nosotros estamos seleccionados para el primer vuelo... para la primera expedición que salga de la Tierra. Tú, Larry, yo y los demás científicos, con la esperanza de que consigamos llegar sanos y salvos y podamos desarrollar en el nuevo mundo todas las ramas de la ciencia necesaria para crear un sistema de vida mejor.

—No comprendo adonde quieres llegar...

—Es muy sencillo. Hemos sido cuidadosamente analizados, examinados hasta la saciedad, antes de ser admitidos en este proyecto increíble. Pero si alguno de nosotros muestra la menor debilidad mental, será excluido sin titubear. Habrá de quedarse en la Tierra, ¿comprendes?

—Creo que sí... Larry sería automáticamente apartado.

—Pero tú, no.

Ella le miró a los ojos.

—Y tú tampoco, Sid.

—Eso espero. Pero si algo anda mal en el cerebro de Larry, será dejado en tierra. ¿Te das cuenta?

Ella asintió.

—Empiezo a darme cuenta de que Larry no es tan importante como creía para mí —susurró inesperadamente.

—Pero tú sigues enamorada de él.

—Por lo menos, le quiero. Es una suerte de fascinación que

Larry ha ejercido sobre mí, desde hace mucho tiempo. A veces, pienso que me gustaría poder librarme de ella.

Sidney se levantó, y fue a preparar nuevas bebidas.

—Si algún día lo consigues, va estaré a tu lado, linda.

—Sid...

—Sabes lo que siento por ti.

—Lo sé.

—Sólo me he contenido todo este tiempo por lealtad hacia el mejor amigo que tuve jamás.

—También sabía esto.

—Entonces, no lo olvides —dijo—. Pase lo que pase, yo no cambiaré de sentimientos.

Vaciaron los vasos, y la muchacha se levantó.

—Eres encantador, Sid —murmuró—. Una se siente tan segura a tu lado... Buenas noches.

Le besó ligeramente en los labios, y se fue.

El se quedó inmóvil durante unos largos instantes. Después, apagó las luces y se tendió en el diván, frente al ventanal, dejando vagar la mirada y la imaginación por el firmamento chispeante de estrellas...

CAPÍTULO V

Las imágenes televisivas eran tan expresivas, que producían escalofríos. Mostraban los restos desperdigados y calcinados del enorme reactor destruido. El color les prestaba el realismo de la sangre de las víctimas destrozadas. Aquél era el avión que llevaba a Johnny Wilcox de regreso a su lejano hogar de California.

Perplejo, Sidney miraba la gran pantalla, y apenas si oía la voz del locutor, dando detalles de la tragedia. Después, de pronto, la noticia saltó entre el parloteo monótono, y Bannister se enderezó.

El locutor estaba diciendo:

—...El mensaje del comandante de vuelo fue captado por el centro de control de vuelo en Dallas. Fue un mensaje casi incomprensible, del que apenas se nos ha facilitado ningún detalle, pero, al parecer, daba cuenta de que una extraña nave les atacaba. Luego, toda comunicación quedó cortada, y ya no se supo nada más del *Boeing* hasta que fueron localizados sus restos... Y ahora vamos a dar lectura a una lista de víctimas que acabamos de obtener, hace apenas unos minutos.

Siguió una retahíla de nombres, entre los cuales el doctor Bannister sólo retuvo el de Johnny Wilcox. Se levantó, anonadado. Una extraña inquietud se adueñaba de él, a medida que daba nerviosos paseos de un lado a otro del apartamento. Al fin, descolgó el intercomunicador y llamó a la Oficina Central de Control de la base.

—Necesito todos los detalles del accidente del *Boeing* que se ha estrellado cerca de Fort Worth. Especialmente, el contenido de la última comunicación que se captó, procedente del comandante de vuelo. Es muy urgente.

Poco después, abandonaba su residencia para reintegrarse al trabajo. Pero a mitad de camino por el laberinto de pasillos, cambió de rumbo. Descendió por un raudo ascensor, y recorrió otro dédalo de pasillos, hasta detenerse ante una puerta de seguridad. Sobre ella había una placa dorada, con el nombre de Larry Hobbins. Pulsó el llamador, y la puerta de acero se descorrió, mostrando un pequeño antedespacho, en el que trabajaban dos hermosas secretarias..

—¿Está el profesor Hobbins? —preguntó Sid.

—No, doctor. En realidad, estamos muy preocupadas por su ausencia. De dirección están intentando comunicar con él, insistentemente...

—¿Desde cuándo no ha venido a su despacho?

—Hace tres días, doctor. Y cuando intentamos comunicar con él, nos cuelga sin explicación alguna.

La otra muchacha runroneó:

—También la doctora Hegan ha venido, con deseos de ver al doctor, y se ha marchado muy preocupada, ¿sabe usted?

—Claro, claro... Veré si puedo hablarle, desde mi oficina.

Se marchó, mucho más inquieto que hasta entonces. La actitud de Larry era cada vez más sospechosa y, de continuar así, no tardaría ni veinticuatro horas en ser llamado del departamento directivo para serle notificado su cese. Se encerró en su despacho, esforzándose por enfrascarse en los cálculos que aún tenía pendientes. Despachó una serie de asuntos de rutina y, al finalizar la tarde, Samantha entró con el rostro demudado.

—Tampoco hoy se ha presentado al trabajo, Sid... —murmuró.

—Lo sé.

Ella parecía cansada. Tenía oscuros círculos en torno a sus hermosos ojos, y éstos expresaban una viva incertidumbre.

Estiró las piernas, y suspiró con alivio. Tenía unas piernas largas, de trazo delicado y perfecto, que mostraba hasta los muslos, a causa de su breve falda plateada. Sidney apartó la mirada de ella, con esfuerzo.

—¿Oíste la noticia de ese accidente de aviación?

—Lo comentaban en la sala de descanso...

—Era el avión que llevaba a Johnny Wilcox.

—¿Wilcox? —murmuró ella, sin comprender. Pero luego se enderezó súbitamente—. ¡El muchacho que estuvo aquí...!

—El mismo. He pedido una ampliación privada de los informes, Samantha. Al parecer, hay algo extraño en ese accidente.

—¿Extraño?

—Eso creo.

—¿Te refieres a un atentado?

—Más bien a un ataque exterior.

—No comprendo...

—Creo que el avión fue atacado por una nave extraña...

—¡Sid! ¿Quieres decir un OVNI?

—Pudiera ser.

—¿De dónde sacas esa idea?

—Del último comunicado del comandante de vuelo.

—Sid, estás obsesionado por este asunto, ¿no es así?

—Lo reconozco.

—Eso puede traerte disgustos. Se supone que debes dedicar todo tu tiempo y energías al proyecto.

—Todo está relacionado, Samantha. Si esas naves existen realmente, son tan poderosas que produce vértigo sólo imaginarlo. No pueden ser detectadas por nuestros radares, y han de mantenerse a tales alturas que escapen a la observación desde tierra. Además, poseen una capacidad de maniobra y una velocidad realmente increíbles... ¿No te das cuenta? Si hay esa clase de naves en la atmósfera, pueden constituir un enorme peligro.

—¿Vas a exponer tus temores al Consejo?

—Lo haré, si consigo la más ligera confirmación de mis sospechas.

Ella encendió nerviosamente un cigarrillo. Expelió el humo con un suspiro, y murmuró:

—Están acumulándose cada vez más problemas, Sid. Estoy

asustada... terriblemente asustada.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizá por la actitud de Larry. No he vuelto a verlo.

—¿Y...?

—¿Crees que debería ir otra vez a su casa?

—El te llamará cuando quiera verte. Tengo el presentimiento de que se encuentra en una crisis aguda, y, en estas condiciones, un hombre debe desear salir de ella por sus propios recursos.

—Estuve pensando en lo que hablamos anoche, Sid... Sobre el gran viaje. Confieso que la idea de que Larry no nos acompañe, no me dolió tanto como cabía esperar.

—Yo también estuve pensando en eso, linda. Además, hice algo concreto para salir de dudas.

—¿A qué te refieres?

—Pedí a los Servicios de Seguridad que realizasen una discreta investigación respecto a él. Naturalmente, sin que Larry pudiera advertirlo.

—¡Sidney! —protestó la muchacha—. Eso es... es odioso. Y si Larry lo descubre, te odiará.

—No creo que eso deba preocuparme. ¿Es que no te das cuenta?

—¿De qué?

—Esa ausencia. Y su poder, que demostró anoche.

—No comprendo...

—¡Maldita sea! Adivinó lo que había en tu mente. Fue como si pudiera leer tus más remotos sentimientos. ¿Es que lo olvidaste?

—Eso no es nada grave, a mi modo de ver. Lo adivinó.

—No, Samantha. Es algo más complicado que todo eso. El pudo ver en tus sentimientos como en un libro abierto.

—¿Quieres decir que puede leer el pensamiento de los demás?

—Eso sería relativamente fácil. No para él, sino para cualquier parapsicólogo. Tenemos algunos muy buenos, en nuestro equipo. Lo que yo quiero decir, comporta algo mucho más profundo... El no te leyó el pensamiento, Samantha. «Supo» cuáles eran tus sentimientos y, empujado por su sarcasmo, se delató.

—Ya veo... Es decir, que tú piensas que él ha adquirido un poder desconocido hasta ahora. Déjame decirte que me parece absurdo.

—Absurdo o no, quiero estar seguro del terreno que pisamos. Se trate de Larry o de cualquier otro. Un eslabón deficiente en la cadena de nuestro trabajo, puede echar por tierra todo lo conseguido hasta ahora.

Ella desvió la mirada, llena de inquietud.

Después, murmuró:

—Sólo deseo que Larry no advierta que está sometido a vigilancia. En su tensión nerviosa actual, sería capaz de cometer una barbaridad.

—A mi entender, ya la ha cometido abandonando su trabajo.

Reinó un prolongado silencio entre los dos. Sidney encendió un cigarrillo, y se recostó en el diván. Estaba cansado, tenso, inquieto por los problemas que se acumulaban, interfiriendo en su trabajo. Un trabajo que precisaba de una absoluta claridad de juicio para ser realizado con plena efectividad.

Samantha dijo, de pronto:

—Voy a llamarle, Sid.

Ella manipuló en el audiovisor. La pantalla se iluminó, pero cuando surgió la voz del físico, ninguna imagen apareció en ella.

—¡Larry! —exclamó la muchacha—. ¿Estás bien?

—Naturalmente.

—Conecta el visor, querido... Deseo tanto verte...

Hubo una pausa, durante la cual el auricular permaneció mudo.

Finalmente, en la pantalla apareció el rostro de Larry Hobbins.

—Tienes mal aspecto, querido —murmuró la muchacha—. Debería verte un doctor...

—¿Tu querido doctor Bannister, tal vez? —preguntó la voz.

—¡Larry!

—Ya sé que me llamo así, no lo repitas una y otra vez. ¿Eso era todo lo que tenías que decirme?

—Deseaba saber cómo estabas, verte, y reunirme contigo, si me necesitabas, pero me doy cuenta de que no sólo tu aspecto ha cambiado, sino también tus sentimientos. Celebro haberlo sabido reconocer a tiempo. Adiós.

—Escucha...

Sidney se aproximó, y estuvo observando la imagen reflejada en la pequeña pantalla, unos instantes. Después, la pantalla se oscureció y el aparato quedó mudo.

Samantha se volvió hacia él. Instintivamente, se refugió entre sus brazos y, hundiendo la cara en su pecho, estalló en sollozos.

Bannister dijo, apurado:

—Está bien, linda, cálmate; ya pasó.

—¿Le has oído, Sidney?

—Seguro. Y le he visto. No me gusta nada su aspecto... ni la pistola que había sobre una mesa, tras él.

—¿Qué?

—Era una pistola de gran calibre. Nunca supe que Larry tuviera armas, pero desde el momento que ahora tiene una a mano, es que teme a alguien, sin duda.

—No me fijé en esa arma... sólo en su cara alterada, crispada. ¿Por qué, Sid, por qué?

—Tal vez cuando reciba el informe de nuestros Servicios de Seguridad, pueda responder a esta pregunta.

Ella se apartó lo suficiente para poder verle el rostro. Al levantar su cara, los labios húmedos, rojos y temblorosos quedaron a menos de

dos pulgadas de la boca de él.

—Tú nunca pierdes el control, ¿no es cierto, Sid? —musitó Samantha.

—Muy raras veces.

—Eres uno de los caracteres más fuertes de cuantos he conocido. A tu lado, una mujer sabría en todo momento a qué atenerse.

—Eso quizá resultase aburrido para cualquier mujer.

—No te burles, Sidney.

—No me burlo. En realidad, intento distraerme lo mismo que un niño perdido en la oscuridad. El silba para darse ánimos... yo hablo como una cotorra, pero el efecto es el mismo.

—¿Estás realmente asustado por lo que sucede con Larry?

—¡Al infierno con Larry! Es de ti de quien estoy asustado... de tu proximidad, del contacto de tu piel en mis manos, del calor de tu cuerpo y de la proximidad de tu boca...

Bruscamente, casi con ira, él inclinó la cabeza y hundió los labios en aquella boca cálida y madura como una fruta en sazón. En el primer instante, ella se puso rígida, tensa como un cable. Después, su cuerpo se relajó, abandonándose entre las fuertes manos de él y, a través de su boca, le dio con el beso su aliento y su propia vida.

CAPÍTULO VI

Clayton se deslizó en la oscuridad como una sombra más de las que poblaban el jardín. Clayton contaba veintiocho años, estaba adscrito al Servicio de Seguridad de la Base Espacial, y abrigaba la esperanza de ascender rápidamente en un lugar lleno de oportunidades para hombres inteligentes, resueltos y leales. Conocía al profesor Hobbins por haberlo visto algunas veces en la base. En su particular escala de valores, Hobbins se le antojaba más una especie de *play boy* que un científico. Si alguna duda hubiera albergado respecto al físico, se habría disipado cuando les encomendaron la tarea de vigilarle y realizar discretas averiguaciones respecto a él.

Se detuvo y escuchó. No sabía dónde estaba su compañero porque se habían separado casi no más llegar, para cubrir mejor el terreno. Desde entonces, no había vuelto a verlo ni a saber de él. Aguardó, agazapado en las sombras, tendiendo el oído. Lo único que captó fue un ligero rumor, procedente del interior de la lujosa residencia.

Decidiéndose, reanudó su cautelosa exploración. Había reunido una serie de datos valiosos, conversando con los vecinos y en el bar establecido en la esquina. Tan pronto lograra reunirse con su camarada, podrían levantar la vigilancia, por esa noche.

Más allá de la esquina, en la fachada lateral, había una zona de espesos arbustos, cuidadosamente recortados, que hacían más densa,

si cabe, la sombra imperante. El se agazapó allí, avanzando paso a paso. Comenzaba a inquietarse por la desaparición de Donaldson, su compañero. Entonces tropezó con algo blando, y se detuvo. Sintió un extraordinario frío en la médula cuando tanteó con la mano los contornos de un cuerpo tendido al pie de los arbustos, allí donde la sombra era más oscura e impenetrable.

Era el cuerpo de un hombre, sin duda. Casi tendido en el suelo, se arriesgó a encender una diminuta linterna eléctrica. El rayo de luz, no más grueso que un lápiz, recorrió las ropas del cuerpo hasta llegar a la cara. Era Donaldson.

Incrédulo, Clayton sintió que le castañeteaban los dientes, y dirigió el delgado rayo de luz al pecho de su compañero. En realidad, apenas si existía el pecho. En el lugar del tórax había sólo un enorme boquete, con los bordes profundamente chamuscados.

Paralizado de espanto, se quedó mirando la pavorosa herida, tratando de convencerse de que la estaba viendo realmente, y no era presa de una pesadilla.

No había engaño posible. A través del pavoroso agujero, podía ver la grava del suelo teñida de sangre.

Apagó la linterna y se echó atrás. Su mente se negaba a creer lo que sus ojos habían visto y, durante unos segundos, fue incapaz de reaccionar. Sentía flojo el estómago, y las piernas apenas le sostenían. Una tremenda náusea le invadía, mezclándose con el creciente pánico...

Al fin se levantó, apartándose del horrible despojo. Necesitaba ayuda, denunciar el hecho espeluznante, y ver a su alrededor hombres de su misma profesión, en los que pudiera confiar.

Llegó al final del seto recortado, y entonces aquello surgió de la noche como la materialización del espanto.

Era una figura alta, delgada. Tenía el contorno de un ser humano, pero como si estuviera sumergido en una aureola fosforescente. Además, le pareció transparente como el cristal.

Boqueó sin voz, intentando adaptar su mente a esta increíble visión que le cerraba el paso. Cuanto más la miraba, más terror parecía sentir, atenazándole. Al captar los detalles, sintió también un absoluto asombro. Era como si la piel de aquel cuerpo fuera transparente, permitiéndole ver la enmarañada red de sus nervios, sus

arterias, las venas y las vísceras de un cuerpo increíble.

—¿Qué... quién...? —balbució.

Pero su voz murió con una suerte de quejido agónico, atenazado por el pánico. El ser alucinante se movió, al fin, avanzando hacia el agente.

El contorno de su rostro era casi esférico, y carecía de facciones. Sólo había en él dos pupilas fosforescentes, que parecían abrasarle.

Clayton recordó, de pronto, que llevaba una poderosa pistola de reglamento al cinto. Torpemente, lanzó la mano en su busca. Sus dedos se enredaron con la trabilla, y dejó escapar un quejido. Entonces, aquella suerte de ectoplasma casi volátil levantó la mano derecha. Clayton captó un extraño objeto que se sostenía milagrosamente entre los dedos apenas visibles.

Y mientras estaba mirándolo, y luchando por desenfundar su pistola, un chispazo cegador brotó de aquella cosa que el extraño ser mantenía sujeta entre sus dedos. Fue una luz vivísima, un rayo, que duró apenas una décima de segundo.

Clayton notó un espantoso impacto en su pecho. Después, una llamarada que parecía abrasarle, y todo acabó. Cuando se desplomó al suelo, su aspecto no difería en nada del que él viera antes, en el cadáver de su compañero Donaldson...

* * *

—Carecemos de noticias, doctor —anunció la voz metálica del intercomunicador.

Sidney enarcó las cejas, perplejo.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Tal como ya le informé, enviamos a dos de nuestros agentes para que realizasen ese servicio. Hace más de dos horas que deberían haber regresado, pero hasta este momento no sabemos una palabra.

—¿Es normal esta conducta?

—Por supuesto que no. Se trataba de un trabajo de rutina para ambos, y sabían perfectamente que debían presentarse a una hora determinada. Bien, no han vuelto y, si tardan quince minutos más, enviaré una patrulla.

—Le agradeceré que me mantenga informado en todo momento.

Bannister desconectó el aparato, y se recostó en el sillón, preocupado, a su pesar. Poco después, cansado, se dirigió a su apartamento. Se sirvió una bebida fresca y, sin encender la luz, se derrumbó en la tumbona extendida en la terraza. Sobre su cabeza, el insondable abismo del universo se extendía cual un inmenso manto cuajado de diamantes. Aquel abismo podía convertirse en un camino de esperanza o en una tumba...

De pronto, sonó el zumbador del teléfono. Perezosamente, se dirigió al aparato y gruñó:

—Bannister. ¿Quién habla?

—¡Sidney!

La pantalla se iluminó, mostrando la bellísima imagen de Samantha, que parecía implorarle, llena de inquietud.

—¿Qué ocurre, linda?

—Acabo de hablar con Larry, Sid. Me ha llamado él.

—¿Y bien?

—Quiere verme... me ha pedido que vaya a su casa esta noche...

—¿Parecía alterado?

—Seguía tan desagradable como la última vez que le vimos.

—¿Y qué piensas hacer?

—Esa es la razón de que te haya llamado, Sid. Larry me ha dicho que no debo decir a nadie que voy a verle. Ha insistido mucho en que nadie debía saber adónde iba, ni siquiera tú.

El se puso rígido, súbitamente alerta.

—¡Espera un minuto! —exclamó—. ¿Te ha dicho por qué desea verte con tanto misterio?

—No... sólo repetía que necesitaba verme y hablarme.

—Por supuesto, no irás. Por lo menos, no irás tú sola. Hay algo extraño en todo lo que está ocurriendo con Larry.

—Entonces, ¿qué crees que debo hacer?

—Ven a mi apartamento y hablaremos de eso. Entretanto, es posible que reciba el informe sobre él, y entonces estaremos en condiciones de decidir.

—Está bien, Sid.

Desconectó y se quedó pensativo, con una extraña inquietud alterándole los nervios.

Samantha tardó muy poco en llegar. En esta ocasión se había enfundado en una ajustada túnica blanca que moldeaba su cuerpo como una segunda piel hasta sus firmes caderas. De las caderas para abajo caía en suaves pliegues majestuosos que realzaban su innata distinción.

El la estrechó entre sus brazos, y un instante después, sus bocas estaban unidas desesperadamente. Ninguno de los dos hubiera deseado interrumpir el beso que les llenaba de nuevas sensaciones, de ansias y anhelos de fundirse el uno en el otro, en un apoteosis de amor como jamás creyeron que pudiera vivirse entre un hombre y una mujer.

Jadeante, ella apartó el rostro, y sus pupilas inquietas se clavaron en la cara del doctor Bannister.

—Sid... estamos comportándonos como dos adolescentes.

—En lo que a mí respecta, tal vez sea cierto, en un inconfesable deseo de recuperar el tiempo perdido todos estos años...

—Realmente, ¿tanto significa para ti?

—Ahora lo eres todo, linda.

—¿Cuándo tendrás ese informe, Sid?

—No creo que tarde mucho. Entonces, quizá sepamos a qué atenemos.

—¿Crees que Larry desea reconciliarse conmigo, juzgando por

esa llamada?

—Después de lo que sucedió anoche, ya no sé a qué atenerme respecto a él. En realidad...

Se interrumpió cuando el zumbador de la mesa dejó oír su sonido. Conectó el intercomunicador. La voz del comandante gruñó:

—¿Doctor Bannister? He mandado a uno de mis hombres para que le informe personalmente. No creo que tarde en estar con usted.

—Gracias, comandante. ¿Hay algo importante, después de todo?

—Usted juzgará. Prefiero no hablar demasiado por estos chismes, que cualquiera puede escuchar.

—¿Lo oíste?

—Sí, pero estoy absolutamente desconcertada. ¿Qué está sucediendo para que incluso el comandante de los Servicios de Seguridad se muestre tan inseguro?

—Pronto lo sabremos, espero...

Aunque lo que averiguaron no sirvió precisamente para disipar sus temores...

CAPÍTULO VII

El mensajero del comandante era un hombre joven, atlético y de aspecto un tanto rudo. Llevaba una enorme pistola automática al cinto, un uniforme impecable y varias cintas de otras tantas distinciones.

—El comandante acaba de decirme por teléfono que usted estaba en camino, con importantes noticias.

—No sé hasta qué punto serán importantes para usted, doctor, pero para nosotros son realmente graves. Nuestros dos investigadores han muerto.

Se quedó helado unos instantes, paralizado de estupor.

—¿Los dos? —balbució.

—Así es. Fueron encontrados por una de nuestras patrullas, a un lado de la autopista del valle, al otro lado de las colinas.

—¿Cómo habían muerto?

—Asesinados, desde luego. La manera cómo les asesinaron es otra cuestión verdaderamente increíble.

—¿Por qué razón?

—Los dos cuerpos mostraban un enorme boquete en el pecho, un agujero por el que pasaría la cabeza de un hombre. Y los bordes están quemados... Si no fuera por el espeluznante tamaño del boquete, daría la impresión de que les habían atravesado con una barra de hierro al rojo vivo.

—Nunca había oído hablar de heridas semejantes.

—Yo tampoco, doctor. El comandante desea que usted examine los cadáveres personalmente, y trate de emitir un informe razonable.

—Lo intentaré, en cuanto el médico forense me autorice. ¿Qué opina el comandante?

—No puedo decírselo, doctor. Únicamente conozco los hechos concretos de lo sucedido. Los dos fueron muertos con escaso intervalo de tiempo, uno del otro. Les despojaron de sus armas y de todo cuanto llevaban en los bolsillos...

Sidney dio un respingo. Señaló la pesada pistola del agente, y exclamó:

—Dígame... Esos dos agentes asesinados, ¿llevaban esta misma clase de arma?

—En efecto. Es la reglamentaria.

—¿Le importaría que le diera un vistazo?

El agente se encogió de hombros. Desenfundó la pistola, y se la entregó al doctor Bannister. Este la examinó unos instantes, con el ceño fruncido.

Samantha se había aproximado y estaba muy pálida, después de haber oído las inquietantes noticias.

Cuando Sidney devolvió el arma al agente, la muchacha preguntó:

—¿Tú crees que...?

El la interrumpió con un gesto, y dijo:

—Gracias por su colaboración. Transmita también mi reconocimiento al comandante, y dígame que, cuando el médico forense llegue, examinaré los cadáveres, tal como él desea.

El agente saludó, dio una última y admirativa mirada a Samantha y se fue apresuradamente. Sólo entonces, la muchacha susurró:

—Sid... esa pistola...

—Era exacta a la que vi sobre la mesa, cuando estabas hablando con Larry. Y sólo los agentes de la Seguridad disponen de ese poderoso y sofisticado armamento.

Ella sintió una terrible angustia.

—Pero Larry pudo haberla obtenido legalmente...

—Lo dudo, pero habrá que aclararlo, ahora más que nunca. Me sorprendió mucho ver aquella pistola en su poder.

—¿Te das cuenta de lo que implica esta sospecha, Sidney?

—Por supuesto, y no creas que me gusta. Pero si Larry ha intervenido en la muerte de esos dos hombres, apoderándose de sus armas, entonces habremos de considerar todo el asunto desde un

nuevo prisma. Será preciso aceptar que tú y yo estamos desperdiciando nuestro afecto y nuestro interés, por alguien que no lo merece.

—No creeré nunca que Larry haya tomado parte en la muerte de esos agentes, Sid.

—Aunque no haya tomado parte directa, la pistola estaba en su poder; por lo tanto, conocía lo ocurrido. Sabía que esos agentes estaban muertos, y que habían sido arrojados en una cuneta.

Samantha trataba de aferrarse a una leve esperanza, a un resquicio de luz, que alejara las tinieblas del miedo.

—No, necesariamente —rebatíó débilmente—. Pueden haber ocurrido infinidad de cosas, de las que no tenemos la menor idea.

—No necesitas erigirte en su abogado defensor, linda. Yo no pienso hacer el papel de fiscal, pero, de cualquier modo, Larry se ha colocado en una posición que nos deja un solo camino abierto. Después de lo sucedido esta noche, quedará automáticamente apartado del proyecto.

Quedaron mirándose fijamente unos instantes, los dos pensando en lo que ese hecho significaba, en relación con ellos mismos y con el fantástico viaje que habrían de emprender en un futuro próximo. Súbitamente, de un modo instintivo, la muchacha se refugió entre los brazos de Sidney, en busca del calor y la protección que sólo él podía brindarle.

* * *

Al día siguiente, Larry Hobbins apareció en la base, sombrío y desafiante. La noticia de que estaba de nuevo en su oficina, llegó pronto a oídos del Consejo de Dirección, y una perentórea llamada le hizo emprender la escalada hasta la cumbre del colosal edificio que albergaba a los máximos responsables del proyecto espacial. También a la oficina de Sidney llegó la notificación de que el físico estaba de nuevo allí, y se apresuró a llamarle. Las secretarias le informaron de que Hobbins había sido llamado por el Consejo.

—Van a despedirle —refunfuñó, furioso consigo mismo por

continuar preocupándose por su amigo—. Ese estúpido...

Minutos después, Samantha apareció, nerviosa y excitada.

—¡Está aquí, Sid! —exclamó—. Acabo de saberlo.

—Tranquilízate. Hace media hora que está reunido con el Consejo. Cuando baje le hablaré.

—¿Acerca de lo nuestro?

—Eso, entre otros temas.

—No esperes que yo esté presente, Sid. No podría soportarlo.

—Lo comprendo perfectamente. Mejor será que regreses a tu despacho. Se me ocurre que, entre todos, estamos distrayendo mucho tiempo del que deberíamos dedicar al trabajo.

Ella sonrió, asintiendo.

—Te veré a la hora de comer.

Poco después, Larry Hobbins penetraba en el despacho de Sidney. Estaba pálido y demacrado, pero su mirada centelleaba.

—Estaba esperándote, Larry... —gruñó Bannister—. Siéntate.

—Supongo que ya imaginas que acaban de darme vía libre para que me vaya de aquí. Despedido. Sin paliativos.

—¿Esperabas otra cosa, después de tu comportamiento?

Se encogió de hombros, sentándose frente a Sidney.

—Maldito si eso me preocupa, de todos modos. Hay otras cosas que deseo aclarar.

—Si te refieres a Samantha, yo también deseo hablarte de ella.

—Anoche la llamé. Quería verla... hablarle formalmente. No acudió a mi cita, supongo que incitada por ti.

—No sólo has perdido tu oportunidad en el proyecto espacial, Larry, sino que también perdiste a Samantha. ¿Qué infiernos te ha pasado últimamente?

—¡Absolutamente nada! Todo lo que necesitaba era un corto descanso... De modo que tú te aprovechaste de la situación. Siempre supe que estabas loco por ella.

—Cierto. La he querido durante mucho tiempo. Sólo que nunca exterioricé mis sentimientos, y hubiera seguido callado, si tú no hubieses adoptado esta actitud. No pareces el mismo, Larry.

—¡Vete al infierno! —estalló—. ¿Qué quieres insinuar, con esa frasecita? Nadie me ha cambiado. Sigo siendo el mismo, aunque un poco más listo, quizá.

—No quiero discutir sobre tus cualidades. Pero sí quiero hablar de algo realmente grave. ¿Sabes que el Departamento de Seguridad inició una investigación sobre ti, ayer?

—Me gustaría saber qué esperan descubrir.

—Los dos agentes encargados de ese trabajo fueron hallados asesinados, anoche mismo —añadió Bannister, sin alterar la voz.

—¿Asesinados?

—Eso dije.

No pareció afectarse en absoluto.

—Esa gentuza cobra para arriesgar el cuello, supongo yo —dijo tan sólo—. Esos debieron tropezar con algo demasiado duro para ellos.

—Sea lo que fuere con que tropezaron, era algo relacionado contigo, sin duda, puesto que estaban investigándote a ti, Larry.

—Ya sólo te falta acusarme de esos crímenes, y habrás redondeado tu obra de zapa.

—¿Mi obra...? Larry, has perdido el juicio, no cabe duda.

—¿Crees que ignoro que siempre envidiaste mis triunfos, mi posición? —rechinó los dientes como un animal furioso—. ¡No sólo querías a la mujer que iba a ser mía, sino que ansiabas borrar me del proyecto...!

—Debería cerrarte la boca de un puñetazo.

—Sea como sea, ya lo conseguiste.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Antes que llegara a ella, Sid le espetó:

—Hay otra cosa aún, Larry. La pistola.

Se detuvo en seco, girando poco a poco.

—¿Qué pistola? —gruñó.

—La que estaba sobre la mesita que hay cerca de tu audiovisor. La vi cuando Samantha habló contigo. Era una pistola de reglamento en el Departamento de Seguridad.

—Maldito si sé de qué me hablas.

Dio un portazo y salió del despacho. Bannister suspiró. No había adelantado un paso. Únicamente ahora estaba mucho más seguro de que algo terrible había acontecido.

CAPÍTULO VIII

Acababan de cenar juntos en la terraza, y el aire con aromas salobres les envolvía dulcemente, cuando, de pronto, el teléfono llamó, rompiendo el quieto encanto. Sidney conectó el aparato, pero la pantalla continuó inanimada. Sólo la voz llegó hasta él: la voz histérica de Larry:

—¡Sidney, tienes que hacer algo! —chilló—. No queda mucho tiempo... ¿Me oyes?

Samantha corrió hasta él, y le rodeó la cintura con los brazos, escuchando sobrecogida de temor,

—Te oigo, Larry. Dime qué te ocurre, cómo puedo ayudarte.

—Es demasiado increíble para que me creas por teléfono. ¡Ven, trae armas o estaremos perdidos!

—Pero, ¿quién te amenaza? Esta mañana no parecías temer a nadie en absoluto.

—¿Esta mañana?

—Aquí, en la base. Estuviste en mi despacho.

—¿Yo? ¡Oh, maldita sea! No pierdas tiempo... ¡Tienes que hacer algo, Sid... no puedo soportarlo más...!

La voz se debilitaba por instantes, desesperada, rebosante de una angustia mortal.

—Necesito saber contra qué he de luchar, Larry. Dime qué te amenaza...

Sonó un quejido, y la comunicación se cortó. Samantha balbució:

—¡Tenemos que ayudarle, Sid!

—Espera un minuto. Estoy cansado de dar vueltas en círculo.

Encendió un cigarrillo, dejando transcurrir un corto tiempo antes de pulsar el número de Larry en el cuadro de su aparato. La llamada zumbó infinidad de veces antes de que fuera atendida. La voz de Larry brotó seca, chirriante:

—¿Quién llama? Habla Hobbins.

—¿Larry? Soy Sidney.

—¿Y qué? Creí que todo estaba claro entre tú y yo.

—Larry, ya me cansé de esta clase de juego.

—No creo que todo cuanto te dije fuera nada de juego. Las cosas quedaron muy claras entre nosotros.

—No me refiero a nuestra entrevista de la mañana, sino a tu llamada de hace apenas unos minutos.

—Yo no he llamado a nadie. Y menos a ti, por supuesto. ¿De qué se trata, otra vez el bromista?

—Estoy seguro de que no es ninguna broma, Larry. Era tu voz.

—¡Condenación! ¿Y qué dijo esa voz, que te daba sus bendiciones por el hecho de haberme quitado a mi muchacha?

—¿No sabes realmente lo que me dijo?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Aunque reconozco que empieza a intrigarme. ¿Qué fue, doctor?

Había un cierto sarcasmo en aquel tono de voz.

—Dijo que necesitabas ayuda... que no quedaba mucho tiempo, y que sólo yo podía ayudarte...

—No cabe duda de que alguien está burlándose de ti. Y no soy yo, de eso puedes estar seguro. Mi sentido del humor no llega hasta esos extremos. Si eso era todo lo que tenías que decirme, adiós, gran hombre.

La comunicación se interrumpió. Samantha susurró:

—Era él, Sidney... Era su voz.

—¿Y esta segunda vez?

—También... eso es lo que no puedo comprender...

—Pero es tan rotundo, que me hace dudar. ¿Será posible que alguien sea capaz de imitar su voz con tanta perfección que nos engañe?

—No puedo creerlo, Sid. ¿Quién, y con qué fines?

—No tengo respuesta para esas preguntas —reconoció.

El encanto sublime de esa noche estaba roto, y ambos lo sabían, de modo que, tras unos forzados comentarios, la muchacha se despidió y Sidney quedó solo, ensimismado en inquietantes problemas.

Cuando se acostó era muy tarde, y no había podido librarse de

ninguna de sus obsesiones, para ninguna de las cuales tenía explicación. Por lo menos, una explicación razonable...

Así que le costó mucho tiempo conciliar el sueño, y, al conseguirlo, fue con un sueño pesado, poblado de las mismas inquietudes. Y entonces aquello apareció: Una pesadilla torturante al principio, con imágenes de un realismo inaudito. Se encontraba ante un paisaje torturado, una tierra calcinada, muerta y resquebrajada, en la que destacaban las retorcidas formas de una increíble vegetación muerta. De no haber sido por esos fantásticos restos vegetales, hubiera podido ser un paisaje lunar, desolado, silencioso con ese silencio absoluto, total, que la mente humana apenas puede concebir. El silencio de las cosas muertas.

Se acercaba a uno de los gigantescos árboles secos que se alzaba contra el estremecedor panorama desértico. Al tocarlo con la mano, el tronco se desmenuzaba, convirtiéndose en ceniza, cuyo polvillo le envolvía mientras toda la estructura se desmoronaba, volatizándose. Buscaba desesperadamente un signo de vida, sin conseguirlo. Todo era tan muerto como aquel árbol. Una angustia indescriptible se apoderaba de él, una angustia que iba creciendo más y más, a medida que se internaba por aquel mundo agotado, seco como el infierno. De repente, sintió un terrible zarpazo de dolor en el cráneo. Fue como un tirón, un estallido que quisiera desmenuzarse el cerebro, y el dolor fue tan intenso que despertó con un quejido. De un saltó quedó sentado en la cama, sosteniéndose la cabeza entre las manos. El dolor se repitió, y ahora supo que no era producto de la pesadilla, puesto que estaba perfectamente despierto. Luchó furiosamente para serenarse.

Nunca pudo imaginar que una pesadilla pudiera sufrirse de un modo tan real. Cada imagen soñada volvía ahora a su mente consciente. La desolación, el polvo calcinado, el árbol que se convertía en cenizas, las formas fantásticas, colosales, de la vegetación muerta... En su cerebro parecía haberse desencadenado un caos de dolor, que le asustó porque toda su ciencia médica no le facilitaba una razón lógica de ese súbito ataque, de ese asalto doloroso que amenazaba con estallarle la cabeza.

Al fin se levantó, tambaleándose y gruñendo. Tragó unos comprimidos y se sirvió un vaso de licor, que le supo a diablos, y después encendió un cigarrillo. Poco a poco, el dolor cedió, como una marea que se retira después de sus inútiles embates.

Descalzo, caminó hacia la terraza para respirar el aire salobre

del mar. Después de la horrenda pesadilla, era reconfortante poder contemplar un paisaje todavía vivo, unas palmeras coronadas de palmas, y balanceándose suavemente a impulsos de la brisa. Ver las luces que delimitaban la base y, en la lejanía, las chispas de plata que la luna arrancaba al mar.

Tal vez fuera una premonición del futuro inmediato de la Tierra. Una visión anticipada de lo que sería el planeta dentro de un tiempo, cuando la insensatez humana diera el traste con la naturaleza, cuando se agotara el agua por falta de lluvias, cuando la contaminación de la atmósfera se convirtiera en puro veneno, y la vida animal desapareciese definitivamente... Pero en la Tierra jamás habían existido aquellas formas colosales de árboles gigantescos, retorcidos como las angustiadas formas creadas por la mente de un pintor torturado por la locura. Entonces, ¿qué significaban?

Arrojó el cigarrillo. La brasa roja describió una parábola en el aire, hundiéndose en la oscuridad. De modo instintivo, la siguió con la mirada hasta perderla en el pozo de sombras que había bajo la terraza. Fue en ese instante que creyó descubrir aquella masa gaseosa deslizándose abajo, rauda, como una sombra luminosa. Dio un respingo, y se inclinó sobre la balaustrada, forzando la mirada, taladrando las tinieblas. Aquello desapareció más allá de la invisible esquina. Había sido sólo una visión fugaz, que le delató algo semejante a una forma humana, sólo visible en la oscuridad porque de ella parecía desprenderse un débil resplandor, como si la figura tuviera una cualidad fluorescente...

Se echó atrás, intrigado, con una idea obsesiva danzando en su mente una y otra vez, hasta que se rindió al despropósito. En efecto, la figura humana que se había desvanecido en la noche, bien hubiera podido ser transparente... vista con más luz. De ese modo fue cómo el doctor Bannister experimentó un frío de muerte en todos sus miembros, un temor como jamás hasta esa noche sintiera...

CAPÍTULO IX

El día siguiente fue una jornada sumamente ocupada. Primero visitaron la base del colosal cohete que habría de llevar fuera de la atracción de la tierra la gigantesca nave tripulada. Sería el cuerpo terrestre más gigantesco que jamás surcara los espacios siderales, rumbo a un mundo que podía convertirse en una tumba o en un nuevo paraíso, un edén donde los elegidos prosiguieran el ciclo vital de la supervivencia y la perpetuación de la especie. Las toberas estaban montadas, enormes como inmensos embudos de acero, y los expertos estaban levantando la torre que sostendría toda la estructura, a medida que ésta fuera tomando forma.

Después hubo una conferencia colectiva, en el curso de la cual se dio cuenta de la expulsión del profesor Hobbins, y se pasó revista a los últimos problemas técnicos.

Cuando pudo encerrarse en su despacho, se sentía cansado e inquieto, incapaz de concentrarse en el trabajo. Quizá por eso se alegró tanto de que alguien llamara a su puerta, y cuando autorizó la entrada, apareció una de sus secretarias, quien le anunció:

—Doctor, acabamos de recibir una llamada desde su apartamento. Resulta un tanto extraño, pero alguien desea que usted vaya allí.

—¿A mi propio apartamento?

—Así es, doctor.

—Comuníqueme, por favor.

La muchacha se retiró y, un instante después, una lucecilla roja parpadeó en el tablero de su teléfono. Lo descolgó y escuchó el apagado zumbido de la llamada. Cuando ya desesperaba, la lucecilla se apagó y una voz cautelosa, susurrante, murmuró:

—¿Quién es?

—Bannister. ¿Qué demonios significa eso, quién es usted para invadir mi domicilio?

—¡Sidney!

—¡Larry! ¿Qué estás haciendo ahí?

—Por favor, no desperdicies el tiempo. Sólo ven.

—¿Para qué? Ya me cansé de tu juego, amigo mío.

—¡No es ningún juego, Sid! Sólo puedo confiar en ti.

—Está bien, pero si se trata de otra de tus piruetas, esta vez te echaré escaleras abajo.

Salió apresuradamente, resistiendo a la tentación de advertir a Samantha de lo que estaba sucediendo. Encontró a Larry Hobbins hecho un manojo de nervios, trasegando licor en grandes dosis, y paseándose de un lado a otro del apartamento. Se asustó de su aspecto. El rostro de su amigo estaba ceniciento, surcado de arrugas, y con una mirada delirante, enfebrecido. Sus manos temblaban, y necesitaba sostener el vaso entre las dos para no derramar su contenido.

—Gracias por acudir, Sidney —balbució el físico.

—Siéntate y deja de dar zancadas de un lado a otro. ¿Qué es lo que va mal?

—Todo.

—Esta vez no has dado el salto de una voz angustiada a otra sarcástica y ofensiva. Confieso que me tienes intrigado desde hace días.

—Temo que no crearás una palabra de cuanto te diga, Sid.

Encendió otro cigarrillo, aspirando el humo como un drogadicto.

—Prueba a ver —dijo Bannister, recostándose en una butaca, frente al inquieto visitante—. Pero si no intentas calmarte, no conseguirás hilvanar una sola frase coherente.

—Creo que me he librado de él, Sid. Por eso puedo hablarte de este modo...

—¿Librado de quién?

—Ahí está lo increíble.

El doctor Bannister suspiró. Hubiera deseado que el siquiatra de la base estuviera presente para escuchar a Larry, y sacar sus propias conclusiones profesionales...

—Espera un minuto, Larry.

—Déjame seguir. Aunque estoy casi seguro de haberme librado de esa pesadilla, tal vez pueda volver. No sé qué significa para ellos la muerte, ni si es definitiva. Si no lo es, estoy perdido porque volverá, y esta vez sé que ya nunca más podré librarme. El será yo, y quedará reducido a un estado vegetativo, balbuciente... una cosa horripilante.

—Pero, ¿puedes decirme de quién demonios estás hablando?

—¿No lo comprendes? Son esos seres transparentes. Se apoderó de mí uno de ellos, Sidney. El era yo, durante largos períodos. El estaba en mi cuerpo, cuando me mostraba hiriente y sarcástico... y yo quedaba reducido a una criatura asustada y balbuciente. En un par de ocasiones, pude decidirme a pedirte ayuda, pero él volvía y, una vez más, realizaba esa transmutación de personalidad. Se burlaba de ti, de Samantha... de mí mismo. Supongo que pensarás que me he vuelto loco, y ojalá fuera eso lo que me sucede, porque la realidad es tan pavorosa, que he deseado suicidarme un millón de veces.

—Tranquilízate.

—¿Intentas creerme, por lo menos?

—Hago más que eso. Yo creo firmemente en la existencia de esos seres misteriosos. Tengo distintos testimonios de personas que los han visto, aunque ninguna vive para repetirlo ahora.

—Yo poseo el cerebro que ellos necesitaban, y una voluntad lo bastante débil para que hayan podido dominarme sin demasiada oposición... ¡Oh, Sid, es horrible la experiencia! Cuando se apodera de mí... cuando me exprime materialmente para arrojarme de mi propio cuerpo... siento un dolor lacerante... como si a uno le arrancasen el cerebro.

Sidney recordó su dolorosa experiencia de la noche anterior, y notó un escalofrío sacudiéndole de arriba abajo.

—¿Sientes como si quisieran arrancarte el cerebro, Larry?

—Sí, algo así... y como si la cabeza fuera a estallar en pedazos. Después, un calambre me recorre el cuerpo entero... como una cuchillada, y uno cree que va a caer al suelo retorciéndose, y que sus miembros saltarán en todas direcciones, esparcidos por ese océano de dolor... Y entonces todo termina, y vuelve la calma, la paz. El se ha apoderado de lo que quería, y ya no hay más dolor, sólo el embrutecimiento de verse uno convertido casi en un residuo, una basura...

—Anoche, Larry, lo intentaron conmigo.

—¿Cómo?

—Sentí ese mismo dolor, un marasmo lacerante. Luché desesperadamente contra él, recurriendo a todos mis conocimientos, a toda mi voluntad. Cuando hubo pasado, creí ver uno de esos seres esfumándose en las tinieblas.

—Contigo fracasó... Tú eres fuerte. Siempre tuviste una voluntad que nada pudo doblegar. Pero conmigo pudieron... fácilmente... desde el principio, aunque hasta ahora sólo fue por períodos de tiempo esporádicos, debido a que él debía desplazarse hasta algún lugar, desde el que informar a sus secuaces. Pero ahora sé que se proponía apoderarse de mí, de modo permanente... para siempre, Sidney... ¡Para siempre!

—Continúa.

—¿No comprendes, acaso? El quería ser hombre, quería ser humano, y disponer de mi cerebro, de mis conocimientos y de cuanto pudiera exprimirme. ¿Te das cuenta? El sería yo, definitivamente.

—Hablas de él... ¿es que sólo hay uno de esos seres, no existen más en nuestro mundo?

—Debe haber otros, pero se mantienen alejados, a bordo de sus naves... maravillas, Sidney, auténticas maravillas. Hace muchos años que vienen explorando la Tierra...

—¿Para qué?

—Es monstruoso...

—No importa. Cuéntame todo lo que sepas, y cómo has podido librarte de esa cosa, de ese ser transparente...

—Lo maté, Sid.

Este dio un brinco.

—¿Qué?

—Lo maté. Pude atrapar una de las pistolas de los agentes que él asesinó. Porque fue él, Sidney, quien cometió los asesinatos. Y le disparé por la espalda. Vi el proyectil destrozarle las entrañas. Su estructura es como si fuera de cristal, y uno puede verles las venas, y el palpar de su corazón, de un tamaño doble que el nuestro... y la oscura sangre desparramándose por todo su cuerpo. Parecen uno de esos cuerpos artificiales, con los que los estudiantes practican en las Facultades de Medicina... Lanzó una última mirada a su alrededor, y luego cayó. ¡Pude librarme de él, Sid!

—De modo que le mataste...

—Sí.

—¿Y qué hiciste del cuerpo?

—¿Qué querías que hiciera? Lo enterré en mi propio jardín...

—¡Condenación! Debías estar loco, además de aterrorizado. ¿No comprendes lo que puede significar para nosotros poder estudiar ese cuerpo asombroso?

—No lo pensé... Todo lo que ansiaba era perderlo de vista.

—Está bien, comprendo. Lo sacaremos después y podremos mostrarlo a nuestros científicos. Sigue. ¿Por qué espían nuestro mundo, qué se proponen, invadirlo?

—Ahí está también otro dato asombroso. Hace muchísimos años que han llegado sus naves hasta nosotros, Sid. Nos espían

pacientemente; analizan nuestro mundo, nuestra vegetación, nuestro sistema de vida, nuestros sentimientos. Todo, puedes estar seguro. Y saben ya que nuestro medio ambiente está condenado a la extinción.

—¿Y...?

—Para ellos, las condiciones en que quedará nuestro mundo les ofrecerá aún vida para miles de años. No cuentan el tiempo como nosotros. Proceden de un mundo remoto, y que ya se extinguió en ese proceso inmutable y fatal que ahora nos amenaza a nosotros. Ellos experimentaron en su propio mundo la muerte térmica, la muerte absoluta. Sólo sobrevivieron un reducido número, y son los que están buscando lo que nosotros nos disponemos a buscar en el Universo... una nueva tierra de promisión.

—Asombroso... Pero si nosotros no podremos vivir aquí, ¿por qué ellos sí, Larry?

—Debido a su estructura. Apenas si les afecta la gravedad, y lo que para nosotros es contaminación para ellos no significa nada. Debido a la menor densidad de sus cuerpos, ni siquiera las radiaciones atómicas les afectan...

—Ya veo... ¿Saben ya lo que estamos preparando en esta base?

—Por supuesto. No pude ocultarles nada de lo que yo sabía... porque ellos poseían mi cerebro.

—¿Y van a intentar impedirnos lanzar nuestras naves?

—No. En realidad, están planeando provocar el terror en el mundo, con la esperanza de que nos eliminemos unos a otros. Eso adelantaría el proceso en unos cuantos años. Saben que poseemos armas con las que luchar.

—¿Dónde están sus naves, a qué altura se mantienen, lo sabes?

—No. Únicamente sé que están fuera del alcance de nuestros cohetes interceptores. Y están construidas con un material que el radar no puede detectar.

—Ya pensaremos en eso después. Ahora dime si tienes idea de cuántos de esos seres se mueven en nuestra atmósfera.

—Lo ignoro —murmuró Larry—. No muchos aún... La mayoría esperan en su mundo muerto, agotando sus últimos recursos.

—Cosa que sucederá indefectiblemente... y entonces ellos se enseñorearán de la Tierra.

Larry asintió con un quejido.

—Necesitaremos, por lo menos, una prueba de todo esto para exponerlo ante el Consejo, Larry. Ellos deben saberlo, y acelerar, si es posible, nuestros planes.

Larry bebió y, con una mueca amarga, gruñó:

—Nosotros abandonamos un planeta que hemos asesinado, y ellos esperan nuestro fin para aposentarse en él. ¿No es una situación irónica?

—Es algo más que eso, Larry, ya lo dije antes. El ser humano ha degradado la naturaleza hasta el punto de extinguirla casi por completo. Lo que nunca pudo imaginar fue que en las ruinas de nuestro mundo pudiera asentarse otra civilización extraña... mientras algunos de nosotros, una reducida parte de nosotros, intentará sobrevivir en otro mundo.

—Dijiste que necesitaríamos una prueba.

—Exacto.

—Podemos desenterrar el cuerpo. ¿Qué mejor prueba?

—Lo haremos así. ¿No intentaste saber cómo estaban constituidos físicamente?

—No, pero tienen un contacto viscoso, repelente. Casi vomité mientras lo llevaba a la fosa que yo mismo estuve excavando.

—Hemos de considerar todos los detalles, Larry. Si se hiciera pública la presencia de esos seres, si la humanidad conociera lo que pretenden, se desataría una oleada de pánico, precisamente cuando ya empieza a cundir en las grandes ciudades, a medida que se vuelven inhabitables...

—¿Qué sugieres entonces?

—Habrá que desalojar, con algún pretexto, las residencias próximas a tu casa, antes de sacar ese cuerpo de su tumba. Y deben hacer todo ese trabajo los miembros del proyecto para asegurar que nada trascienda.

—Si consigues todo esto, no cabe duda de que posees más influencia aquí de la que yo tuve jamás...

—Por lo menos, lo intentaré. Ahora, sigamos con el análisis de la situación. ¿Crees que los otros individuos de esa especie, que se mantienen a bordo de sus naves, están enterados de que su camarada ha muerto?

—No lo sé, aunque es posible. Tienen medios extrasensoriales para comunicarse entre ellos. No poseen voz, sino que establecen sus diálogos mediante comunicaciones mentales. Tal vez lo sepan o tal vez no, pero de lo que no cabe la menor duda es de que comenzarán a inquietarse, cuando no consigan obtener comunicación con él.

—Y entonces enviarán a otro para investigar, y de nuevo estarás metido en un apuro terrible.

—Lo sé. Sólo que ahora me queda el consuelo de que ahora tú estás al corriente de todo y tengo la esperanza de que a ti no consigan dominarte.

—Yo me ocuparé de eso. Pero si tú estás convencido de antemano de que van a dominarte de nuevo, no podrás librarte de ellos.

Larry le miró con ojos llenos de desesperación. Asintió con un gesto y, levantándose, caminó nerviosamente de un lado a otro hasta detenerse junto a la terraza.

El sol implacable ardía sin misericordia en la bóveda inmensa y azul, que servía de guarida a los amenazadores emigrantes del Universo, aquellos seres que aguardaban, como los buitres, la carroña que algún día no lejano se les pondría a su alcance.

Larry paseó su desesperanzada mirada por lo que en otros tiempos fueran lujuriantes jardines. Ahora era una masa parda y agostada, preludio de la catástrofe que se avecinaba. Años sin lluvias, el agua que se conseguía obtener del mar era demasiado preciosa para las más perentorias necesidades humanas, y nadie desperdiciaba una sola gota para regar un jardín...

CAPÍTULO X

A la noche siguiente, un vivísimo resplandor cruzó como un meteoro sobre la población de Oakdale, a cincuenta millas de la base. Mucha gente pudo verlo y seguirlo hasta que desapareció entre las nubes, a gran altura.

Más o menos a esa misma hora, en la sala del Consejo de la base terminaba una reunión, que había resultado tormentosa en extremo. Aquellos hombres empeñados en hacer realidad el más fantástico proyecto espacial de toda la historia de la humanidad, no habían regateado sus sarcasmos, ante la exposición de los hechos que habían envuelto a Larry.

La mayoría achacaron el relato a un intento del físico para ser readmitido en el proyecto, y no perder su puesto en la primera expedición que abandonaría el mundo agonizante. Otros se inclinaban al principio a favor de una mejor comprensión y estudio del caso, pero cuando Bannister expuso su plan para desenterrar al ser de otro mundo que yacía bajo la tierra del jardín de Hobbins, casi se rieron de él.

—¿Prebende desalojar todo un distrito sólo para seguirle la corriente al profesor Hobbins? —estalló el presidente—. Si es preciso excavar en ese jardín, se hará a la luz del día, aunque sólo sea para desenmascarar de una vez al profesor Hobbins.

—Y sembraremos la alarma. Esta es una clase de noticia que volará a través de todo el país en cuestión de horas, y al resto del mundo, antes de que anochezca. Si se desencadena el pánico, nadie podrá controlarlo...

—Doctor Bannister. ¿Se atrevería a cargar usted con toda la responsabilidad de un asunto como éste? Entiéndame... absolutamente

toda la responsabilidad incluyendo el desalojo de centenares de personas.

Sidney titubeó. Miró de soslayo a Larry y le vio hundido, humillado, y lo que aún era peor, atemorizado. Quizá por eso dijo:

—De acuerdo, señor. Estoy dispuesto.

Hubo un sordo murmullo. Uno de los asistentes, ingeniero de planificación, gruñó:

—Estamos desorbitando la situación, a mi entender. Cargar sobre el doctor Bannister toda la responsabilidad tampoco soluciona nada porque él, por sí mismo, carece de autoridad suficiente.

Entretanto, a cincuenta millas al norte, un gigantesco resplandor estaba posándose suavemente sobre la tierra. Tan pronto se detuvo, comenzó a amortiguarse su brillo, mientras en una granja situada a media milla de distancia, una oleada de calor despertaba al granjero, que se sorprendió al darse cuenta de que estaba bañado en sudor.

—¡Eh, Martha! —exclamó, sentándose en la cama.

La mujer se incorporó a su vez. Antes que él pudiera hablar, murmuró:

—¿Cerraste las ventanas, querido? Hace un calor nauseabundo...

—Están abiertas. Me ha despertado ese calor precisamente...

—Bueno... si tuviéramos agua, nada me complacería más que darme una buena ducha...

El hombre saltó de la cama, refunfuñando. ¡Agua! Agua para ducharse, cuando las cosechas morían resecas, abrasadas por falta de riego...

Fue a la ventana, aspirando el tórrido aire que llegaba en oleadas. Entonces vio el resplandor a lo lejos.

—¡Martha, ven aquí!

—¿Qué te ocurre ahora?

—¡Mira!

Ella saltó de la cama, y fue a reunirse con su marido.

—Qué raro —murmuró—. Me gustaría saber de qué se trata...

—Está apagándose... y sea lo que sea, se encuentra en mitad de nuestros sembrados.

El hombre empezó a vestirse apresuradamente. Cuando terminó, abrió un cajón y sacó una pesada pistola.

—Iré a dar un vistazo —gruñó.

—Ten cuidado, Jules.

Sintiendo los párpados pesados, cargados de sueño, la mujer regresó al lecho, pero no pudo dormirse a causa del intenso calor que invadía el aire.

Después, en medio de esa dulce duermevela que precede al profundo sueño, le pareció escuchar un grito y se enderezó.

El estallido de una pistola la hizo saltar al suelo como impulsada por un resorte y, descalza, se precipitó a la ventana. Lo que vio le arrancó un alarido. Su marido estaba parado a corta distancia de la casa, y más allá se alzaba una figura fantasmal, algo transparente, casi etéreo. De esa figura brotó, de pronto, un rayo de luz, y Jules fue lanzado hacia atrás, con el cuerpo convertido en una fugaz llama. Después se desplomó, y una leve humareda se desvaneció sobre él. La mujer comenzó a chillar, igual que loca, desde la ventana. El ser misterioso de la noche levantó la cabeza. Dos ojos rojos, fosforescentes, buscaron el objeto del alboroto, y después, aquel rayo implacable que brotaba de su mano incidió sobre la mujer, y ésta fue empujada hacia atrás... La mitad superior de su busto y cabeza se esfumaron, mucho antes de que tocara el suelo.

Instantes más tarde, la granja comenzaba a arder por sus cuatro costados, y en la lejanía, el resplandor de la nave brillaba otra vez antes de elevarse como un relámpago, hundiéndose en los abismos del firmamento en pocos segundos. Cuando los más cercanos vecinos llegaron a la granja, encontraron sólo un montón de ruinas humeantes, y el cuerpo de Jules con un enorme boquete en el pecho, a través del cual habría podido pasar la cabeza de un hombre.

El informe llegó a poder del doctor Bannister, a la mañana siguiente. La ira le dominó unos instantes. Luego, dominándose, solicitó una reunión del Consejo.

—El presidente se encuentra fuera de la base, informando al gobernador —fue la respuesta que obtuvo—. Hasta que regrese, es imposible convocar una reunión.

—¡Estúpidos insensatos! —masculló, al colgar el auricular.

—¿Temes que hayan llegado otros invasores, Sid...? —murmuró Samantha.

—No cabe la menor duda, aunque no he examinado a ese hombre de que habla el informe. Sin embargo, la descripción de su herida es exacta a las que ya vimos en los agentes asesinados... Hay que advertir a Larry, cuanto antes.

Volvió a manipular en el aparato, pero nadie atendió la llamada. Durante todo el día estuvo intentando localizar al físico, sin conseguirlo. Samantha, junto a él, apenas podía contener su angustia.

—Todo empieza a precipitarse... —refunfuñó Sidney, entre dientes—. Se han desatado disturbios en numerosas ciudades del mundo. Ataques de histeria colectiva, que han causado infinidad de muertos y heridos... Sólo haría falta que se propagasen las noticias de que disponemos nosotros para que estallara un caos, que nadie sería capaz de controlar...

—Y hasta dentro de varios meses no tendremos dispuesta la primera nave... A veces, pienso que nunca conseguiremos sobrevivir, Sidney.

Este la atrajo hacia sí, estrechándola entre sus brazos.

—Estamos empeñados en una carrera contra el destino, querida mía. Sólo de nosotros depende perderla o ganarla...

La besó, deseando olvidar, aunque sólo fuera por unos instantes fugaces, la nueva amenaza que parecía cernirse sobre la humanidad, demasiado ensoberbecida hasta entonces para haber atendido, con tiempo suficiente, a su propia conservación.

Durante el resto de la tarde, siguió intentando establecer contacto con Larry o con el director...

Pero fue Larry quien apareció en su pantalla...

CAPÍTULO XI

Samantha saltó hacia adelante cuando la voz del físico retumbó en la estancia. Su rostro, en la pantalla del visor, aparecía sombrío.

—Sidney —dijo con su voz atormentada—. Han vuelto... lo presiento.

—Veo que estás en tu casa. Estuve llamándote, y no obtuve respuesta en todo el día.

—Acabo de llegar, Sid. Juré no volver nunca aquí... Sólo quería huir, desentenderme de todo y olvidar. Pero una fuerza superior a mí, me obligó a volver... y sé que me acechan de nuevo...

—Escucha, reúnete conmigo aquí, en la base. Estarás seguro, rodeado de hombres que no se asustan fácilmente.

—¿Qué hombres, Sid? Casi todos ellos se rieron de mí.

—Ya discutiremos eso, después. Ahora, date prisa. Daré instrucciones para que te conduzcan directamente a mi apartamento.

—Iré, Sidney... Estoy volviéndome loco con todo esto.

Entonces, en medio de la frase, sucedió. La cara que aparecía en el visor se contorsionó por un instante hasta el punto de que ni Bannister ni la muchacha pudieron reconocer a Larry. La imagen

pareció que era traspasada por un estremecimiento escalofriante, cual si todos los huesos, músculos y nervios sufrieran una mutación, se reajustasen entre sí para adquirir una conformación distinta. Confusamente, en medio de semejante pesadilla, les llegó la voz balbuciente de Larry:

—¡Otra vez, otra vez! —parecía un quejido, un sollozo—. ¡Ayúdame... mi cerebro... va a estallar..., Sidney! —pareció ahogarse antes de que la voz volviera a lloriquear—: ¡No puedo...! Es más poderoso que... que yo... Creí que lo había... matado... y está aquí... y yo... yo... ¡NO, ESO NO!

El alarido final más pareció el rugido de una bestia rabiosa que una voz humana. Después, la torturada imagen del visor se desvaneció, y la comunicación quedó cortada. Samantha sollozó:

—Es pavoroso, Sid... ¡Por el cielo, tienes que ayudarle...!

El no replicó. Su rostro sombrío parecía una máscara de granito. Sacó la pistola del cajón, y comprobó la clase de proyectiles que había en el cargador. Entre dientes, gruñó:

—Si puedo ver a esos malditos fantasmas, te. juro que no volverán a inquietar a nadie.

—¿Vas a ir a casa de Larry?

—Seguro. Y me llevaré a uno de los agentes de Seguridad, esta vez. Necesito testigos de lo que suceda.

—Yo puedo ser tu testigo...

—Esta vez, no. Vas a quedarte aquí, hasta que yo vuelva.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, y el beso estalló, ansioso y desesperado como una fatal despedida.

Después, él abandonó el apartamento y la muchacha quedó sola, sumida en amargo llanto.

La residencia estaba en tinieblas y sólo el pálido resplandor de las lejanas luces de la calle, mostraban la sombría fachada. Bannister se detuvo a dos pasos de la puerta. Junto a él, el corpulento agente murmuró:

—No entiendo muy bien lo que espera encontrar ahí, doctor,

pero sea lo que sea, es mejor enfrentarlo cuanto antes.

—Temo encontrarme con lo peor. De cualquier modo, recuerde esto. Dispare contra cualquier cosa que se mueva, tenga o no forma humana. Si vacila, es posible que no pueda contarle.

—De acuerdo, pero aquí dice usted que vive el profesor Hobbins, y no vamos a despedazarle a él, digo yo...

—No creo que encontremos al profesor.

Probó la puerta y gruñó:

—Cerrada... Tendremos que buscar una ventana que esté abierta.

—Apártese, doctor.

El agente tomó impulso y se lanzó contra la puerta. La madera saltó casi astillada, y se encontraron en el interior. Los dos llevaban las pistolas en la mano. Sidney encendió la luz, y paseó la mirada en torno. Después, se internó hacia la sala donde estaba el audiovisor a través del cual había asistido al horrendo drama de Larry. No había nadie allí, tampoco. El agente gruñó:

—¿Y ahora qué, doctor?

—Daremos un vistazo a toda la casa, Lambert. Nos mantendremos juntos en todo momento, y tenga los ojos muy abiertos.

Recorrieron hasta el último rincón del edificio, sin hallar el menor rastro de Larry. Cuando regresaron al vestíbulo, Bannister rezongó:

—Se dieron mucha prisa...

Lambert examinó la puerta, tal vez preocupado por los destrozos, al darse cuenta de que la casa debería quedar abierta cuando ellos se fueran. Estaba allí, en el umbral, cuando jadeó:

—¡Doctor... mire...!

Sidney estuvo a su lado en un segundo. En el jardín, más allá de unos arbustos, una figura fosforescente se alejaba cautelosamente.

—¡Dispare, Lambert, fuego! —rugió.

El ser transparente se detuvo, volviéndose. Pudieron verlo con absoluta claridad, y, a través del cuerpo, siguieron viendo también los arbustos y la lejana valla. Lamben levantó la pistola y disparó repetidamente. Cuando Bannister consiguió tirar del gatillo, aquel terrorífico individuo levantaba también su mano... Entonces, las balas de Lambert dieron en el blanco, y estallaron como pequeñas granadas. Las explosiones retumbaron en la noche igual que truenos, y ambos hombres vieron fragmentos del cuerpo transparente volar en todas direcciones... antes de desvanecerse como si jamás hubieran existido.

Lambert corrió, excitado, hacia el lugar que había ocupado el adversario. Cuando Sidney llegó a su lado, estaba mirando a su alrededor, completamente estupefacto, desbordado por los acontecimientos.

—No queda nada, doctor —exclamó—. ¿Qué clase de broma fue ésa...?

—Desgraciadamente, no fue ninguna broma, Lambert. Hemos destruido a ese ser del más allá, fuera lo que fuese.

—No puedo creerlo...

—Retenga en su memoria todo lo que ha visto, Lambert, porque necesitaré su corroboración, cuando informe al Consejo. Pero ahora quiero que diga usted que se trató de una falsa alarma... que disparó contra alguien que consiguió escapar o algo así. ¿Entendido?

—Cuenta conmigo, doctor. Aunque dudo que nos crean en el Consejo... Personalmente, no creería nada de esto, si no lo hubiese vivido...

CAPÍTULO XII

El comandante jefe del Departamento de Seguridad se encogió de hombros y dijo, fastidiado:

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos, doctor. Hemos pedido ayuda a la policía del estado y al Control de Carreteras.

—Es preciso localizar al profesor Hobbins, cuanto antes. De que le encontremos puede depender la suerte futura de todo nuestro proyecto...

—No conozco los detalles que ustedes parecen guardar con excesivo celo, doctor Bannister —protestó el comandante—. Pero de cualquier modo, no es posible hacer más de lo que se está haciendo. Todo el estado está siendo rastreado, en estos momentos. Sólo nos queda esperar.

—Estoy seguro de que es así —murmuró—. Pero esta espera me cripa los nervios. Además, los trabajos están sufriendo un incalculable perjuicio, con estos atrasos...

—No es una responsabilidad que me guste —rezongó el militar.

Sidney abandonó la oficina y recorrió el camino hasta la suya, donde intentó concentrarse en su trabajo. Fue inútil. Una y otra vez, su mente volvía al terrible problema que tenían planteado. Samantha llegó poco después, pálida y nerviosa.

—¿Nada aún? —murmuró después de besarle.

—En absoluto. Parece como si se hubiera desvanecido en el aire. Hay un guardia frente a la casa de Larry, por si regresa a ella, cosa que dudo. Y la policía está haciendo cuanto puede...

—¿Qué crees que le haya sucedido?

—Nada bueno, desde luego. Aquel último alarido que profirió antes que se cortara la comunicación...

—Creo que, después de lo que sabemos, yo también puedo sentir esa suerte de pánico, Sid...

—No sirve de nada perder la cabeza, pequeña mía. Ahora sabemos que esos malditos intrusos no pueden nada contra una voluntad fuerte y decidida a plantarles cara. Ya te dije que yo sufrí también esa experiencia, y he meditado mucho sobre lo que creí una pesadilla.

—¿Realmente crees que intentaron apoderarse de ti también?

—Estoy convencido, después de lo que Larry me contó. Sólo que conmigo fracasaron, porque mi mente y mi voluntad fueron más fuertes que las suyas... ¿No comprendes? Intentaron dominarme, pero mi mente les venció hasta el extremo de que fui yo quien casi pude dominarlos... «absorbiendo» de este modo las imágenes de su mundo muerto. Tal vez las últimas que ese ser contempló, cuando abandonó su planeta muerto...

—Comprendo. Si Larry hubiera sido más fuerte...

—Lo importante, ahora, es localizarle cuanto antes. Bajo el aspecto de Larry, se oculta uno de esos intrusos, y no sabemos el daño que puede hacernos, contando como cuenta con los conocimientos del propio Larry.

Anocheía, y el resplandor rojo del sol inundaba los marchitos jardines y creaba aureolas de luz alrededor de las últimas palmeras.

—Ven conmigo. Esperaremos juntos las noticias que el comandante pueda proporcionarnos —decidió Sidney, impaciente.

Salieron del despacho para encerrarse en el apartamento del doctor. Ninguno de los dos probó bocado esa noche. Sentados en la terraza, vieron cerrarse la noche en un mutismo tenso, siniestro y lleno de presagios. Cuando el teléfono sonó, ninguno de los dos hubiera podido concretar cuánto tiempo habían permanecido quietos, igual que estatuas de piedra. La voz del comandante surgió, cansada:

—Nada todavía, doctor —anunció—. Lo único más o menos positivo, es que alguien que corresponde a las señas del profesor Hobbins ha sido visto cerca de la playa, a un par de millas de la base.

—¿Quiere decir que viene hacia aquí?

—Pudiera ser. Hemos redoblado la vigilancia, doblado los puestos de seguridad. Le informaré si tengo noticias concretas.

Samantha suspiró:

—Tal vez intenta ponerse en contacto con nosotros, Sid.

—Lo dudo. No olvides que, de cualquier modo, el ser que aparezca bajo el aspecto de Larry no es él, sino uno de esos invasores...

—Produce pánico sólo imaginarlo, Sidney.

El teléfono zumbó por segunda vez. Él lo conectó, y de nuevo la voz del comandante surgió, ahora un poco más tensa:

—No sabemos si se trata del profesor Hobbins, pero un hombre ha sido visto en la playa, aunque ha conseguido burlar al agente que intentó seguirlo. Por otra parte, el que vigilaba la casa del profesor informa que allí no hay ninguna novedad.

—Me pregunto qué se propone hacer ese individuo en la base...

—Supongo que nada bueno...

Una vez más, la comunicación se cortó.

Y una vez más, se sumergieron en la angustiosa espera.

* * *

El guardia también esperaba. No sabía qué, pero vigilaba. Le habían dado órdenes concretas, y allí estaba, dispuesto a cumplirlas a rajatabla. Oculto cerca de la valla que circundaba el jardín, el guardia Kelno veía avanzar la noche, en medio de un silencio aplastante. No soplaba ni un hálito de aire y las copas de los árboles mustios permanecían inmóviles como gigantes muertos. El seto, oscuro y simétrico, se interponía entre él y la casa, aunque no lo suficiente para impedirle vigilar. Fue entonces, en medio de ese silencio sobrecogedor, que escuchó el extraño sonido. Se puso rígido, alerta.

Trató de analizar lo que sus oídos habían captado. Era como el roer de una rata en la tierra, o como si un animal estuviera arañando una corteza dura. Kelno gruñó entre dientes. A él le habían encargado vigilar la casa, e informar de inmediato si el profesor Hobbins regresaba. El hecho de que un bicho cualquiera alborotara en la oscuridad, no le importaba.

El sonido se repitió, cada vez con más frecuencia. Ahora resonaba opaco en el mismo silencio, incomprensible hasta que se le ocurrió que quizá hubiera topos en el jardín. Aunque nunca había sabido que los topos hicieran ningún ruido, al construir sus galerías. Intrigado, al fin, se enderezó y, dando unos pasos, atisbó por encima del seto. No pudo ver nada porque las sombras lo invadían todo. Sin embargo, y guiándose por el rumor, estuvo seguro de tener localizado el lugar donde se producía. Al otro lado del grueso tronco de un árbol próximo, junto a un reseco macizo de plantas muertas. Allí la tierra formaba una ligera prominencia, como si hubiera sido removida recientemente.

Estaba a punto de regresar a su cómodo observatorio, olvidándose del rumor, cuando el leve promontorio de tierra pareció agitarse. Kelno dio un respingo. Ningún animal podía provocar semejante movimiento... La tierra se alzó, de pronto, como empujada desde abajo por una fuerza tremenda... Algo asomó entre los oscuros terrones. Algo increíble...

Kelno boqueó, ahogándose de espanto. Entonces, lo que fuera que surgía de las entrañas del jardín pareció desparramarse por el suelo, y una oleada de hedor espantoso envolvió al agente. Dando un grito y, tambaleándose, echó a correr. Ni siquiera recordó que llevaba una pistola al cinto.

No recordó tampoco que disponía de un emisor de alta frecuencia para informar a la base.

Todo lo que pudo pensar fue que el infierno se había desatado, o que tal vez estaba volviéndose loco, y aquello era un delirio de su mente desequilibrada... Corrió hasta quedar sin aliento y, cuando sus piernas se negaron a seguir sosteniéndolo, comprendió que se había extraviado.

* * *

Samantha apartó los labios de la boca del hombre que amaba, y susurró:

—Si algún día podemos vivir sin temores, libres de esa amenaza que se cierne sobre nosotros, Sid... Entonces comprenderás toda la

intensidad del amor que siento por ti.

—Lo conseguiremos, querida. Nada ni nadie podrá detener nuestro proyecto... y la vida renacerá en un nuevo mundo, mucho más intensa, más libre y consciente que la actual.

Ella tendió la mirada hacia el abismo del Universo en el que parpadeaban las estrellas. Con un suspiro, murmuró:

—¿Sabes en qué pienso?

—Dímelo.

—Me pregunto si, desde ese nuevo mundo al que intentamos llegar, seguiremos viendo esas mismas estrellas... tan hermosas.

—Tal vez las veamos más brillantes, más cercanas. Teniendo en cuenta que...

Se interrumpió cuando el zumbido del audiovisor resonó en la amplia estancia. Lo conectó con un gesto impaciente, y exclamó:

—¡Hable! Aquí el doctor Bannister.

No hubo respuesta.

—¿No me oyen? ¡Hable!

Samantha se colocó a su lado, temblando de ansiedad. En aquel instante, del aparato surgió un balbuceo incomprensible, un sonido burbujeante, como nunca antes habían oído. Se miraron, perplejos.

Sidney exclamó:

—¿Qué ocurre, no me oye, sea quien sea?

De nuevo aquel gorgoteo que no era ni sonido humano. Luego, hubo una especie de quejido angustioso, y todo acabó. El aparato quedó mudo. Samantha murmuró:

—¿Qué crees que fuera eso, Sid?

—No tengo la menor idea. Tal vez una interferencia en la línea, aunque nunca, antes, había oído una cosa así.

Desconectó el aparato, y ambos regresaron a la terraza, inquietos por el prolongado silencio del comandante. Una vez más, el

tiempo pareció detenerse para los dos. Entonces llamaron a la puerta, y Bannister la abrió, dando paso al corpulento agente que ya conocía.

—Hola, Lambert —gruñó—. ¿Trae buenas o malas noticias, esta vez?

—Empiezo a dudar de que puedan existir buenas noticias en todo este asunto, doctor.

—Entre y siéntese.

—No tengo mucho tiempo ahora. El comandante desea que esté usted enterado de un par de hechos... El primero, que el hombre visto en la playa aún no ha aparecido, pero se han obtenido nuevos testimonios de su aspecto, y es casi seguro que se trata del profesor Hobbins.

—Muy bien. ¿Hay otro asunto del que deba informarme?

—Ciertamente. El guardia que vigilaba la casa donde usted y yo estuvimos, ha sido encontrado a dos millas de allí, completamente enajenado. Al parecer, ha sufrido un fuerte *shock*, y apenas razona.

—¿Tiene usted órdenes concretas del comandante?

—Todo lo que dijo fue que viniera a informarle.

—Muy bien, Lambert. Usted y yo volveremos allí.

El agente se estremeció.

—De acuerdo, pero no es como para entusiasmarse —refunfuñó.

—Espéranos aquí, Samantha. Tengo la corazonada de que esta noche habremos terminado con esta pesadilla.

CAPÍTULO XIV

Había la luz encendida en una ventana cuando ambos penetraron cautelosamente en el jardín. Por lo demás, las tinieblas envolvían la casa y sus contornos. Lambert susurró:

—Me pregunto qué encontraremos esta vez, doctor... Le confieso que se me ponen los pelos de punta, al acercarme ahí...

—Mantenga la pistola dispuesta en todo momento.

Caminaron por el sendero. Las hojas secas chirriaron levemente bajo sus pies. Ante la puerta, se detuvieron en seco, y Lambert dijo con voz apenas audible:

—Alguien tenía mucha prisa, doctor. Ni siquiera se entretuvo en cerrarla.

—No entre aún. Es preferible dar un vistazo a esa ventana, ¿no le parece?

Con las armas empuñadas, ambos hombres se deslizaron pegados al muro hasta la ventana iluminada. Correspondía al estudio del profesor Hobbins. La luz era la que había sobre la mesa de trabajo, pero no pudieron ver a nadie sentado.

—Vamos a entrar —decidió Sidney, sombrío—. Veremos qué es lo que se oculta ahí dentro.

—Se me ocurre que, sea lo que sea, huele que apesta.

—¿Cómo?

—¿No lo advierte usted, doctor?

—Un hedor extraño, es cierto... Quizá haya un animal muerto.

El vestíbulo estaba sumido en penumbra.

—Aquí dentro, esa peste es más aguda, doctor.

—Realmente, resulta casi irrespirable...

Avanzaron con cautela hacia la puerta por debajo de la cual brillaba la luz. A cada paso que daban, el hedor nauseabundo casi les impedía respirar.

Al abrir aquella puerta, la oleada de fetidez increíble que les azotó, estuvo a punto de tirarles de espaldas. Lambert boqueó, y se apoyó en el marco de la puerta. El doctor gruñó:

—¿Qué diablos...?

Avanzó sobre la alfombra. Descubrió unas manchas húmedas, gelatinosas, dispersas aquí y allá, y los restos de tierra húmeda también, que marcaban un rastro hasta la mesa. Sobre ésta, bajo la lámpara, había unas hojas de papel, con una escritura desordenada. Lambert entró tambaleándose, y ahogándose con las náuseas.

—¡Es insoportable, doctor! —jadeó—. Salgamos de aquí, o nos ahogará esa pestilencia...

—Espere...

—¿Qué diablos quiere esperar?

—Hay algo escrito... algo dirigido a mí. Fíjese.

La primera línea del desordenado escrito rezaba:

«Para Sid Bannister.»

—Dese prisa, de todos modos. Ese hedor es horrible.

El agente se cubrió la nariz con un pañuelo, mientras el doctor tomaba las hojas de papel. Se asombró de la horrible escritura, cuyas líneas estaban inclinadas en todas direcciones, arriba y abajo, y las letras apenas trazadas. Era como si la manó que escribiera esos párrafos apenas hubiera tenido fuerzas para sostener la pluma. Los rincones del estudio estaban sumidos en tinieblas. Sólo la luz de la mesa desparramaba un círculo luminoso, bajo el que Sidney Bannister comenzó a leer:

«Te llamé, pero ya no puedo hablar, Sid. Tienes que descubrir a ese engendro y matarlo, destruirlo aunque le veas bajo mi apariencia, la apariencia de Larry Hobbins. Mávalo, Sid, o él sembrará el pánico y ha muerte en la Tierra.

«Tiene mi apariencia, pero no soy yo. Es él, Sid, ese demonio de que te hablé, que se apodera de mi cerebro y de mi apariencia. Creí que lo había matado, pero sólo destruí en parte su materia. Ha vuelto, y ha cambiado, una vez más, mi cerebro y mi cuerpo por el suyo, enterrado en mi jardín, y esta vez es para siempre, lo sé. Estoy encerrado en la fetidez de su cuerpo en descomposición, y ya no me restan fuerzas... sólo puedo trazar estos renglones... y pedirte que lo mates, que te asegures de su destrucción... Son seres sin alma, sin misericordia... No puedo más, Sid...»

Lambert podía contener las náuseas. Gruñó y, tambaleándose, se apartó de la mesa, mientras Bannister permanecía igual que petrificado, sumergido en el horror de la revelación. A pesar de que algunos párrafos eran apenas legibles, a causa de lo inconcreto de la escritura, la pesadilla que ésta revelaba era superior a cuanto hubiera podido imaginar.

—¡Salgamos de aquí, doctor! —suplicó el agente.

—Encienda las luces, muchacho.

—¿Qué?

—Hay una llave en la pared... Encienda todas las luces.

Trastabillando, Lambert buscó la llave de la luz, y le dio vuelta, sintiendo que el estómago le subía a la garganta. Una brillante claridad borró las sombras de la estancia. Sidney se volvió, paseando su desorbitada mirada por el suelo, los rincones y los muebles. Contuvo el aliento al descubrir aquella cosa acurrucada en un ángulo.

—¡Mire, Lambert! —jadeó.

El agente se colocó a su lado, con la pistola lista para abrir fuego. Sólo que no necesitaban arma alguna. Una masa nauseabunda, como gelatina casi líquida, se descomponía poco a poco en el rincón, agrandando el charco pestilente en que parecía sumergirse.

Por un breve instante, aquel horror gelatinoso se agitó en un último espasmo. De él aún brotó el extraño gorgoteo que Bannister oyera por teléfono. Luego, las náuseas le vencieron y, dando media vuelta, salió del estudio, con Lambert pisándole los talones. En el jardín, jadeante, masculló:

—¿Alguien nos creerá si lo contamos, muchacho?

—No pienso decir una palabra, doctor. No deseo que me tomen por loco... Pero dígame una cosa... Aquella basura líquida... era... era...

—Larry Hobbins. El profesor Hobbins. Lo aclara en este papel. Sólo que estaba en la envoltura en descomposición de una de esas criaturas transparentes.

—Entonces, el profesor Hobbins que ha sido visto en las proximidades de la base, en la playa...

—Es precisamente uno de los invasores. Una mutación de personalidad... Y hay que destruirlo cuanto antes.

Echaron a correr hacia el coche, sobrecogidos de espanto. Bannister condujo, de modo suicida, rumbo a la base, con el agente a su lado, silencioso, intentando adaptar su mente lógica al horror de que había sido testigo. Cuando se aproximaban al control de entrada, vieron que todas las luces estaban encendidas. Los poderosos focos barrían las sombras en todo el inmenso perímetro de los terrenos cercados.

—Algo ocurre, doctor... Ta vez hayan cazado a ese demonio...

—Si es así, habrá que destruirlo definitivamente.

En efecto. Lo habían cazado. Uno de los centinelas descubrió al intruso, y disparó a matar. El cuerpo estaba tendido sobre una mesa de disección en el reducido hospital, rodeado de guardias, del comandante y los médicos encargados del servicio. Bannister se detuvo ante el cadáver, mirándolo con un extraño frío que le helaba los huesos. Era el cuerpo de Larry Hobbins, sin la menor duda.

El comandante sonrió, al verle.

—Fue imposible evitarlo, doctor —explicó—. Consiguió eludir a las patrullas, pero un centinela apostado en la torre le descubrió, cerca de la base del cohete.

—¿Qué piensan hacer con él?

—Enterrarlo, ¿qué otra cosca se puede hacer?

—Quiero que sea incinerado inmediatamente, sin perder un segundo, eso es lo que hay que hacer. Más tarde, presentaré un informe completo respecto a este asunto, pero, de momento, hay que destruir ese cadáver.

Los médicos se miraron perplejos. Uno de ellos insinuó:

—Habría que pedir autorización para incinerarlo, Bannister.

—Yo asumo la responsabilidad. Toda la responsabilidad.

Se encogieron de hombros, y pusieron manos a la obra. Lambert susurró:

—Ojalá que hayamos llegado a tiempo, doctor.

—Yo también lo espero.

—Habré de informar al comandante, tan pronto salga de aquí. ¿Qué sugiere usted que le diga?

—La verdad, amigo mío. Apuesto que no le creerá, de momento, pero cuando lea el informe que presentaré yo al Consejo, no tendrá más remedio que rendirse a la evidencia.

Salió cuando se hubieron llevado el cuerpo, y fue a reunirse con Samantha. Por el momento, la pesadilla había terminado, aunque no era posible saber por cuánto tiempo. Habría que acelerar los planes, ganar tiempo al tiempo... Y entretanto, intentar olvidar la pesadilla sufrida, vivir, sencillamente, en brazos del amor que la muchacha podía brindarle.

De cualquier modo, la suerte del planeta estaba echada, y nadie podía desviar el fatal destino. Sólo podían,

él y Samantha, agotar los instantes de ternura que les fuera dado vivir, antes de emprender la gran aventura.

Mientras el elevador le llevaba raudo, hacia su apartamento, Sidney Bannister se juró a sí mismo que se entregaría a esa ternura, a ese amor, con todas sus fuerzas, tan absolutamente como si ya no hubiera un mañana, ni siquiera para ellos dos. Y tal vez no lo hubiera...

FIN